

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

«Canto al mar»

DISCURSO LEIDO EL DÍA 4 DE FEBRERO DE
1996, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA POR EL

EXCMO. SR.

D. ELISEO ÁLVAREZ-ARENAS PACHECO

Y CONTESTACIÓN DEL

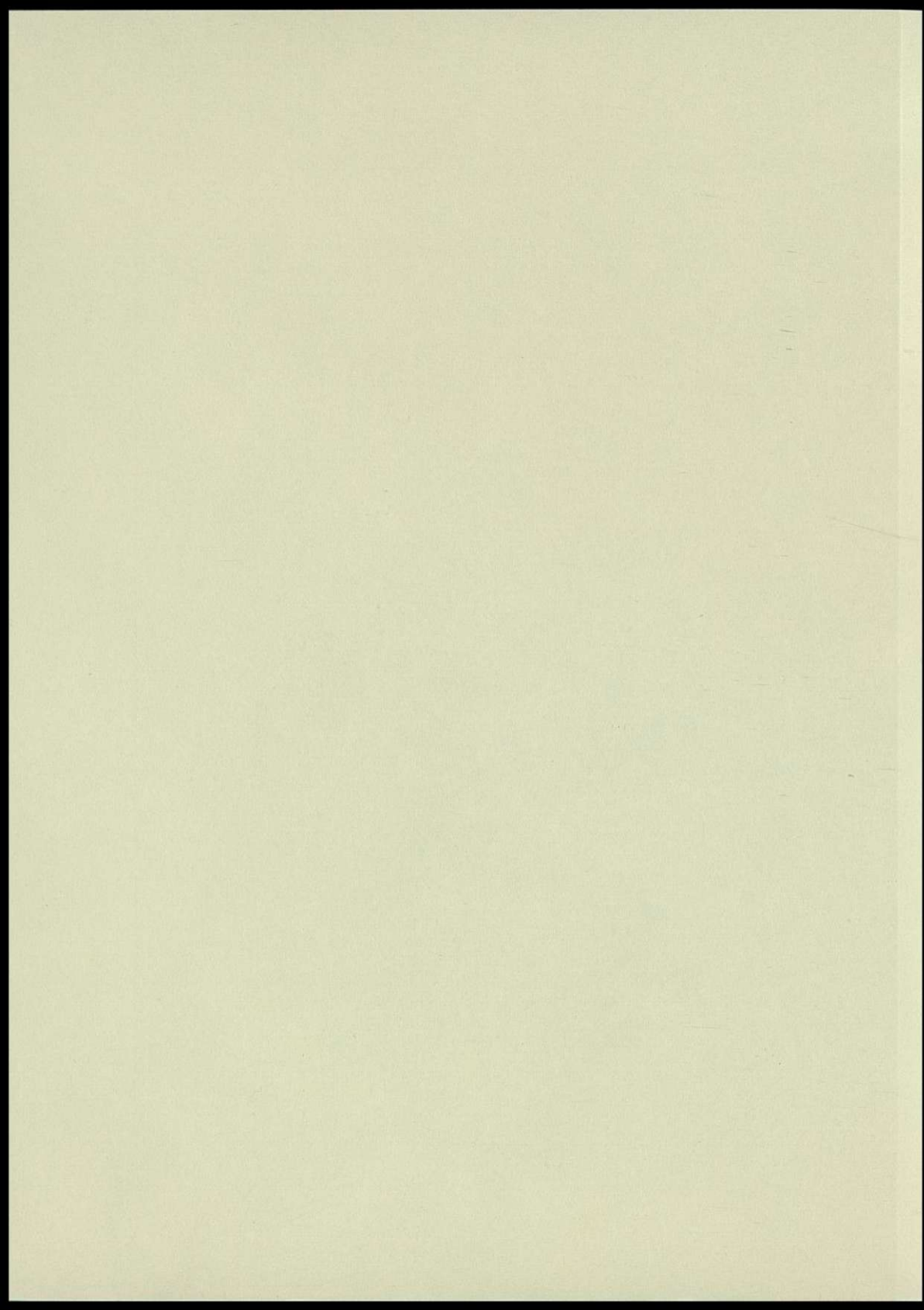
EXCMO. SR.

D. PEDRO LAÍN ENTRALGO



MADRID

1996



2.46770

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

«Canto al mar»

DISCURSO LEIDO EL DIA 4 DE FEBRERO DE
1906, EN SU RECEPCION PUBLICA POR EL

Excmo. Sr.

D. ELISEO «Canto al mar»

Y CONTESTACION DEL

Excmo. Sr.

D. PEDRO LAÍN ENTRERÍO



MADRID

1906

«Canto al mare»

R.46890

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

«Canto al mar»

DISCURSO LEIDO EL DÍA 4 DE FEBRERO DE
1996, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA POR EL

EXCMO. SR.

D. ELISEO ÁLVAREZ-ARENAS PACHECO

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR.

D. PEDRO LAÍN ENTRALGO



MADRID

1996

8.0272

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

«Canto al mar»

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 4 DE FEBRERO DE
1996 EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA POR EL

SEÑOR SR.

D. BILIBO ALVAREZ-ARRANZ PACHECO

Y COMENTACIÓN DEL

SEÑOR SR.

D. PEDRO LILIN ENTRALGO



Depósito Legal: M.-2.530 - 1996

Gráficas Aguirre Campano - Gral. Álvarez de Castro, 38 - 28010 MADRID

Sres. académicos:

LO PRÁMBULAR

DISCURSO

DEL EXCMO. SR.

D. ELISEO ÁLVAREZ-ARENAS PACHECO

... ahora es verdadera porque se aplica a una gestual que sea honestamente del alma. Y es entonces porque reconozco que esa verdad sea una certeza en el misterio y en ilusión, sentando así como ironía de la edad temporal que corre ahora, en la que estoy disfrutando un poquito por gracia de los dioses. ... Mas, según sean contemplativa, misterio o ilusión ahora podría pasar por vanidades. Influida por lo propio, la presencia en pleno de la Academia, preocupada de inmediato, su juicio. Pero abrigo la esperanza de poder vencer la timidez sentada ahora si mi agradecimiento provoca en vosotros dímelo hacia mí. Con ello podré de seguir conseguir una ganancia en mí la acción del hacer que me interesa más si me adelantó entre vosotros. ... Si me alcanza los ánimos de la Academia se han

DISCURSO
DEL EXCMO. SR.
D. ELISEO ALVAREZ-ARENAS PACHECO

Discurso leído en el día 15 de Mayo de 1904

Imprenta Aguirre Campaña-Hijos, Avda. de Carlos III, 29, Madrid

Sres. académicos:

LO PREAMBULAR

HE de empezar por dar las gracias; las gracias a la Real Academia Española por verme aquí ante ella. ... La gratitud es sentimiento exigente de sinceridad a quien lo muestra. Quiero declarar que mi sinceridad ahora es verdadera porque se aplica a una gratitud que sale honradamente del alma. Y es sincera porque reconozco que esa gratitud mía viene envuelta en timidez y en ilusión, sentimientos éstos impropios de la edad temporal que corro ahora, en la que estoy navegando aún por gracia de los dioses. ... Mas, según sean contempladas, timidez e ilusión ahora podrían pasar por naturales. Intimida, por lo pronto, la presencia en pleno de la Academia; preocupa, de inmediato, su juicio. Pero abrigo la esperanza de poder vencer la timidez sentida ahora si mi agradecimiento provoca en vosotros ánimos hacia mí. Con ellos podré de seguro conseguir que germine en mí la semilla del hacer que me corresponda si me admitís entre vosotros. ... Si me alcanzan los ánimos de la Academia se fun-

damentará en suficiencia mi ilusión, con lo que mi esperanza de “hacerlo bien” no resultará ser ilusoria ingenuidad, y se convertirá —podrá convertirse, si mi voluntad no decae— en realidades que me satisfagan y me honren al tiempo si esos términos que os pido y espero —toda ilusión abriga una esperanza— me llegan con calor y soy yo capaz de recibirlos con dedicación inteligente. ... Con timidez, pues, con ilusión, y con esperanza: gracias.

Timidez respetuosa e ilusión de nuevo ante el recuerdo de quien me está dejando empezar a navegar en su prestigiosa estela: el Eminentísimo Señor Cardenal Doctor don Vicente Enrique y Tarancón. ... Timidez ante la responsabilidad que supone para cualquiera seguir sus aguas, en especial sus aguas intelectuales y académicas. Ilusión por la posibilidad de imitarle con eficacia al navegar las aguas por él navegadas. ... Esa timidez y esta ilusión se conjugan de modo enigmático para hacer nacer en mí justificado orgullo, satisfactorio orgullo por haber sido yo, por estar siendo yo, su inmerecedor relevo. ... Claro es que todo este decir mío sobra aquí y ahora por su irrelevancia, ya que su memoria, el recuerdo del Cardenal don Vicente Enrique y Tarancón, flota con densidad apreciable en este ambiente y contiene su espíritu destacado en virtudes de toda clase con perennidad indudable. ... Sin embargo, no habrá de ser vano el intento de traer al viento del presente esa memoria y aquel recuerdo del Cardenal para considerarlos una vez más con admiración del ánimo y con ansia de saber la esencia perenne y transcendente del hombre

paradigmático. ... Lo que destaca como característica peculiar del Cardenal don Vicente Enrique y Tarancón son sus ansias de *concordia* y de *convivencia en libertad*, puestas de relieve siempre en su vida, pero con sobresaliente ímpetu en especial en difíciles horas de un reciente pasado político que aún vibran con vigor suficiente en el aliento del pueblo de España. ... Subrayar yo ahora ésto no es sino reiteración algo torpe acaso de lo proclamado aquí precisamente por un distinguido académico al hacer en su momento el elogio necrológico del Cardenal don Vicente Enrique y Tarancón. Mi volver a ello ahora está justificado porque aquellas ansias de concordia y de convivencia en libertad son constantes eternas que deben regular con fuerza convencida la vida de siempre de pueblos, sociedades y civilizaciones.

El Cardenal predicó con la palabra y con el hecho concordia, convivencia y libertad. La sanción de la historia ha subrayado la autenticidad del pensar y del decir de don Vicente Enrique y Tarancón en pro de la concordia y de la convivencia sobre el común denominador de la necesaria libertad.

Como hombre de palabra dicha y escrita en otros órdenes, también hay oportunidad en el recuerdo elogioso del Cardenal. La obra que nos ha dejado es abundante, valiosa en lo exterior y en lo profundo, bella y atractiva en todo. Particularmente, es oportuna, de su tiempo, tanto la eclesiástica o espiritual —es muy difícil escribir en ese orden manteniéndose en su tiempo con convicción, en su hora, en el vivir del hombre

en ese momento histórico— como la mejor encauzada en lo seglar, que refleja el valor del Cardenal en cuanto hombre de letras. ...

Todo esto ha brotado aquí y ahora con timidez y con ilusión. Lo malo, de seguro, es que mi incapacidad emborriona acaso lo bueno que pueda haber en el intento, y hace a éste anodino e irrelevante. ... Espero que el Cardenal tolere con sonrisa generosa la torpeza de las palabras mías. ...

DE MÍ

Y voy a verme obligado ahora —aunque con justificada fuerza insinuante de aceptable y bien orientada dinámica, creo— a hablar de mí mismo. Con brevedad, empero, habrá de ser. Ello es así porque he de apoyar en mí el pilar terreno de aquende un puente que ha de llevarme a hablar por más extenso, y espero que no con demasiada mala fortuna, de lo que está al otro lado, allende ese camino tendido, y que por paradójico o contradictorio que pueda parecer no acaba en otro pilar terreno para apoyarse en él, ya que eso que está más allá con síntomas y sugerencias intensas de pulsar con insistencia segura y de vivir con potencia orientada al infinito; eso a lo que hay que llegar sobre ese puente que arranca ahora de mí mismo y que se tiende intriguado como sendero del entendimiento sobre el río, el abismo, la sima, el vacío o la imaginaria materia que la imaginación pueda forjar y traer al caso y que componen mi persona —mi yo— y la circunstancia

que ahora es la mía desde cierto tiempo atrás en mi vida tal vez, pero con determinismo acaso y con especial carácter en su realidad también desde que elegido fui para esto; ... eso es, con natural simpleza y sencillez, el *mar*.

Si yo estoy ahora aquí es, creo, porque soy del mar. Se me ha honrado, convocándome aquí, porque soy del mar. ... Pero en ese aparente sencillo decir "soy del mar" se oculta una inevitable e indudable pretensión, ya que esa afirmación supone un difícilísimo y doble conocer; un saber que tan solo puede ser nominal, no verdaderamente real, referido al "ser" de uno, de quien eso diga, y a la entidad cubierta por el simple sustantivo "mar". Si no es fácil saber —lo que se dice *saber*— quién soy yo, quién puedo ser ese que pretende pertenencia al mar, y es difícilísimo saber asimismo qué es el mar ... debiérase intuir que el mar, más que en un "qué" consiste decididamente en un "quién" con personalidad suficiente ... ¿qué sentido tiene afirmar "soy del mar"? ... Es, en efecto y en el fondo, algo vana pretensión asegurar de uno mismo que "*es del mar*", pero por bastante que de ella pueda haber, tiene cierto sentido —y si se ha hecho la afirmación tras detenido estudio autoconsciente y de extensa amplitud de miras a la vez tal sentido abrigado por la expresión encierra en sí realidad suficiente y veracidad aceptable—, sentido completo y válido, porque lo que prevalece en ese dicho es el mágico poder —y milagroso en tanto— de la convicción, de la convicción propia del sentir especial que mueve a uno a decir "yo soy del mar". Si lo pretensioso se apoya en el sólido y fuerte cimien-

to de la convicción sincera —fruto de larga y profunda meditación decidida y sobre todo ilusionada— el ansia de hacer verdad real lo que se dice, hace que lo pretendido *sea* en puridad indudable. ... Mas no es obligado —desde luego no lo es en este caso en el que se contempla el mar en cuanto complemento posesivo del yo— que esa verdad que se ha calificado de real *sea* en puridad gramatical y académica eso, ya que el decir “soy del mar” con convicción segura y profunda puede igualmente ser verdad “ideal” dotada de valores —ideales y reales al tiempo, por paradójico y contradictorio una vez más que ello pueda parecer— que a veces pueden elevarla, a esa verdad ideal, sobre lo que sin otra explicación solemos entender por verdadero.

Sin embargo, conviene acaso no dejar que la imaginación vuele con viveza e ilusión insólitas hacia el objetivo de sus ansias que es el mar a la sazón. Si hay pretensión —aunque convencida *sea*— en decir “soy del mar”, dígase eso de otra forma gramatical o literal mejor, sobre la base, tal vez poco firme, de ser lo mismo. Si decir “soy del mar” es discutible e incluso, para lo normal, de reservada admisión, dígase “mi circunstancia es *el* mar”; quizás mejor —y por razones que saldrán sin duda al paso de este razonar— “mi circunstancia es *la* mar”, aprovechando, ya desde el arranque de este pensar —marino en mucho—, la ubérrima y encantadora ambigüedad de nuestro vocablo español —*mar*— tan eterno e histórico como ideal y poético, y apoyando todo, el yo y el mar, en ese otro vocablo, inmenso también, expresivo como pocos

y necesario para toda realidad cósmica que participe de entidad personal y de *vida* por tanto, que es el de *circunstancia* desde que Ortega y Gasset lo revelara al mundo del pensamiento. Con ello; al decir que mi circunstancia es esa —el mar o la mar— pasa el protagonismo nominativo de la definición en juego a ese decisivo y notabilísimo elemento telúrico que de un modo u otro me ha hecho a mí —conscientemente por mi parte— lo que he sido y lo que soy gracias a Dios, y que en puridad nos *hace* a todos los españoles —y a los hombres de otros muchos y varios pueblos y razas— sin que nosotros, los de España, nos demos clara y precisa cuenta de ello por causas tal vez de realidades incidentes en el hombre que configuran la vida nacional y que se transforman en historia tras el impulso del tiempo sobre el hacer vital del hombre genérico, del español en lo particular y en lo discursivo de ahora. ... Descendiendo a la realidad presente e individual mía, a ese *ser yo* yo mismo y mi marina circunstancia, he de reconocer que si yo estoy aquí, aquí y ahora, es simplemente por ser marino de guerra, marino de guerra español.

* * *

CANTO

Es obligado ceder ya al mar el puesto de relevancia en esta sesión en la que todos, frente a él o en torno a él, debiéramos decidir el intento de conocerlo, de arrancar al menos en ese quehacer intelectual conve-

niente. *Conocer* al mar —en la infinitud filosófica de ese misterioso verbo— es quehacer mental práctica y casi realmente imposible. Conocer a la mar —dígase con presteza y al pasar tan sólo— no es cosa de aquel infinito, por más que resulte ser también harto compleja faena intelectual o sensual incluso. A lo que es arcano en su posible esencia; a lo que sobrepasa por sí el alcance intelectual humano por razón de su excel-situd o sublimidad relativa; a lo que parece ser de conocimiento imposible o, cuando menos, sobrehumano, ... a eso, a todo eso, se le ... *canta*.

Mar... mar misterioso, excelso, infinito. ... ¿Canto al mar? Sí; el canto al mar es una de las formas de la trascendencia del alma humana mediante sus facultades —su inteligencia y sus sentidos en suma— llevada de su asombro y a impulsos de su ágil admiración. Se canta en consecuencia a lo excelso, a lo dominante, a lo que impone, a lo que —tal vez por eso— encierra en sí, celoso y con orgullo comprensible, el misterio, abrigando con codicia a lo misterioso, a lo sublime fundado en el arcano.

Pero antes que el canto fue el cantar. Cantar es, probablemente, algo anterior en el tiempo al hablar del hombre. Parece ser que el hombre tardó bastante en formar su lenguaje y en utilizarlo. La palabra —la razón aplicada al decir— apareció muy despacio. Cuando el hombre llegó a hablar ya cantaba de seguro, porque los pájaros, las aves, llevaban mucho tiempo cantando. El hombre, antes de comunicarse con sus semejantes mediante el habla, había oído can-

tar a los pájaros. Se dijo a sí mismo que él también era capaz de hacer eso, de expresarse así, y comprobó que la naturaleza —Dios, si se quiere— le había dado algo en la garganta capaz de emitir los dulces sonidos que las aves daban al aire y al viento. ... Y el hombre, acaso, empezó su cantar imitando a los pájaros canoros. Pero al aplicar a ese modo encantador de expresión sentimental la razón poderosa y el ingenio imaginador, dio con la música, descubrió el sonido e intuyó la matemática que yace en el fondo de todo. ... El hombre empezó a cantar.

Y el hombre descubrió que el canto era expresivo; sentimentalmente expresivo o expresante sincero de sentimientos. Expresó su sentir cantando. La alegría y la tristeza; el amor y la nostalgia; la melancolía y la ilusión; el miedo y la esperanza vigorosa y animante. ... Todo eso encontró su cantar. También lo halló el sentimiento de ardor y de vigor enraizado en glebas del espíritu relacionadas con la hermandad limitada o extensísima. Nacieron los himnos y las canciones nacionales de guerra y de paz en calma. Cantares que surgían del vibrar las cuerdas del patriotismo, de la camaradería, de la identidad nacional entre hombres y sociedades. ... El cantar dio alas al sentimiento valioso con orígenes en el amor.

Con el cantar se ha hecho en mucho la historia y, viceversa, la historia ya decantada ha hecho, animándolo, el cantar, la canción, el canto.

Cantar, en sí, implica música. El canto, en toda su amplitud, no. Porque "canto" puede ser simplemen-



te *poesía*. Claro es que el canto poético —canto fúnebre, canto guerrero, canto nupcial, canto de exaltación o de alabanza de algo— es derivación natural del normal cantar. La poesía es música en mucho, así como la música cantada se apoya grandemente en la poesía. Y es porque, al igual que el cantar natural, la poesía —el canto poético— expresa con semejante profundidad sentimientos humanos, en especial los relacionados de un modo u otro con el amor, con la ilusión, con el afecto, con la admiración tal vez sobre todo. ... Y con lo misterioso y arcano; con lo enigmático e ideal; con lo cósmico y lo ultramundano. Por eso hay cantos a las idealidades y a las realidades, a las ideas y a las cosas, a las ansias y a los recelos. Se canta —se *ha cantado* sobre todo— al amor, a la esperanza, al Bien, a la Belleza, al valor, al héroe; a la nieve, al viento, al fiero animal, al mar, al sol, a las dulces y misteriosas estrellas. ... Son esos, en general, cantos poéticos, literarios, pero también son y pueden ser puro cantar, bellas músicas de claras melodías y de armonías encantadoramente resonantes. ... ¿Que cuál de ellas en el caso es más valiosa: la música o la poesía? ¡Quién sabe! Ambas poseen idéntico valor expresivo, aunque, según el tema, el objeto del cantar, diríase que una de ellas prepondera sobre la otra, por más que con muy ligeras diferencias sea. A la melancolía y a la nostalgia no se ajustan acaso mejor la poesía en calma y el decir tranquilo que la música suave; al sol, al orbe, al mar, da la impresión de que sí es la palabra poética la forma de expresión más justa y adecuada. ...

Por eso es poesía el canto al mar. ¡Cantar al mar! He aquí una eterna actividad mental y sentimental humana. ... Pero lo es por peculiares razones, ya que entre todas esas cosas que se cantan, a las que se les dedican cantos de poesía o de música, el mar, la mar, es una de las que mayor poder de evocación tiene, en especial para quienes —hombres, comunidades, familias, pueblos— viven *en* la mar, viven *para* el mar y viven *con* el mar y *con* la mar porque, sencillamente, viven *del* mar y están con él en deuda perenne, histórica y vital, aunque es deuda agradable, llevadera y, sobre todo, honrosa.

Cantar al mar, entonar cantos al mar, es quehacer intelectual ilusionado —de convencida raíz anímica— de hombres de mar y de pueblos marineros de condición marítima, de pueblos, simplemente también, *de* mar. ... Pero ha habido y hay pueblos marineros o, mejor, pueblos de condición marítima, que no han cantado ni cantan debidamente al mar, ni con cantar poético ni con cantos de musical forma, y es ello así por lo de siempre, por eso de lo que algunos están cansados de proclamar a los cuatro vientos y a más si los hubiera, es decir, por desacuerdo sustancial entre su mentalidad como pueblos y su condición marítima, esa que les impone el mar por razones geográficas de forma que se traducen en imposiciones vitales y de supervivencia, ya que se ordenan entre los condicionantes del comercio —vida— y de la estrategia —de influencia política y, en el fondo, de pura supervivencia—.

El cantar, empero, y el canto trascienden siempre esas anomalías —llamémoslas así— en las vidas de los

hombres y de los pueblos. Cantar, de cualquier modo, es expresión de sentimientos profundos de dinámica incontenible. El canto es la forma sublime de tal expresar necesario y obligado. Si el hombre o los pueblos "sienten" en verdad y lanzan al hondón de su alma las raíces de sus sentimientos, éstas generan de natural modo troncos robustos, ramas airoosas y ágiles y flores sobre todo de cromatismo admirable y generoso. El canto brota así, mediante vientos serenos y contentos, hacia cielos admirados. ... Porque el canto en sí lleva admiración, pero el cantar genuino y sincero, el canto puro, asombra y hace admirar a su vez al admirado, que ve en quien el canto lanza gratitud, amistad y amor.

Y en el canto al mar se subraya todo eso: sentimientos reales y hundidos, expresión sincera, trascendencia de ellos con fuerza hacia vientos y cielos que son mar en las alturas, admiración del hombre —del que canta— al mar arcano, enigmático y atractivo en tanto. ... Gratitud del mar —y de sus dioses— al hombre que se trueca de algún modo en admirador complacido.

¡Cantar! ... ¡Canto! ... El hombre *canta*, se dice ... Se habla, estáse hablando aquí del *canto* que el hombre entona por razones diversas —aunque de raíz idéntica en lo hundido— y en circunstancias definidas y especiales en mucho —aunque también casi idénticas en sí en sus aspectos emocionales—. El hombre canta, sí, y asimismo los pueblos cantan, pero también cantan *las cosas* y del mismo modo pueden elevar, a ciertas cimas

peculiares, cantos de admiración, de adoración y de alabanza. ... Se dirá que cómo es posible que las "cosas" canten sí, para cantar o elevar cantos, es preciso disponer de entendimiento semejante en algo al del hombre y apoyarlo o conjugarlo con sentimientos o vibraciones inmateriales. En efecto, es oscura esa posibilidad, porque el sentir y el entender esos exigen ser, existir, para que cantar y el canto puedan ser reales. Muchas cosas ni sienten ni entienden, pero otras sí. Claro es que son cosas peculiares, cosas esas de las que siglos atrás infinitos ha estado el hombre convencido de que *tienen alma*. ... Los griegos —Platón el divino mejor que nadie— hablaron del alma del mundo, del alma de los astros, del alma de lo celeste infinito y misterioso. Tal vez hablaran del alma del mar, por más que no conste —que no me conste a mí, por lo pronto— en parte alguna que haya gozado de la popularidad de la cita continua y antigua. ... Pues esas cosas que tienen alma —aunque peculiar y en extremo particularísima sea— ... esas cosas *cantan*. El mar, concretamente, lo hace. Claro es que tales cantos, tales cantares, mejor, resultan ser, para el hombre, de audición sobremanera difícil. Sin embargo pueden oírse, ser oídos, si se cuenta de antemano con la necesaria sabiduría musical que procede, por parte del hombre, de un decidido y largo estudio unido a la convicción de que el cantar existe y a la fe de que resulta ser susceptible de ser oído. Esa es ciencia complicada. De ahí la dificultad de oír cantar a esas cosas: al mundo, al sol, a las estrellas, a los bosques, al mar. ... Pero esas cosas cantan en verdad, porque tienen alma. Su alma, empero, es intemporal y, en cierto modo, utópica,

aunque según las cosas —su cuerpo— el alma que la anima está del hombre que intenta oír su cantar muy alejada en dimensiones de espacio —utópica con claridad, si se quiere— o relativamente cercana, tanto ya como para no hacer imposible la audición suficiente del cantar natural. Esa diferencia en alejamiento se da con marcada definición en una de esas “cosas” mencionadas, en la “cosa” que, precisamente, parece estar en el primer plano de esta consideración en curso. Tal cosa peculiar es, ni que decir tiene, *el mar* ... pero también *la mar*. El mar canta y la mar también lo hace. Uno y otra cantan al universo, al cosmos, a Dios sin duda. Y tal cantar llega al hombre. El mar en su cantar llega al hombre genérico, a los pueblos, a la tierra, de algún modo. La mar diríase que canta para el hombre de mar. El cantar del mar para el hombre genérico, para los pueblos, es de recepción difícil y de difícilísima inteligencia. El cantar de la mar para *su* hombre, para el hombre *de* mar —máxime si está en la mar cuando el cantar oye—, resulta ser por lo general suficientemente claro y más y mejor inteligible que el decir cantante del mar indefinido. Sin embargo, no todo hombre de mar, sino el verdadero, oye y comprende el cantar de la mar. ...

El hombre de mar genuino oye y entiende lo que la mar canta porque ésta canta para él y él *está* en ella *viviendo*. Además, se da la realidad peculiar de que la mar, cantando para el hombre de mar, lo hace exteriorizando, sí, su propia alma, pero aprovechando también como medios armoniosos acompañantes de su melodía otros elementos del hombre de mar también

en íntima relación conexionante con la mar misma: el viento, el cielo, las estrellas, la luna, el sol. ... Con varios de ellos se hace oír la mar *sensiblemente*. Porque el cantar de la mar se envuelve para el hombre en acordes de olas que rompen y trasciende sobre arpegios del viento que carga o amaina; y en las nubes que se gozan de sus destellos de luz, de sus estruendos lejanos y extensos, de sus aguas descendentes en lluvias sonoras; y en las luces brillantes del sol y en sus tranquilas sombras; y en el tenue rielar de la luna; y en el infinito enigmático de las estrellas. ...

El cantar ideal del mar y el cantar sensible de la mar llegan al hombre y se reflejan en él, en su alma humana de superficies especulares marinas, y se refractan sobre horizontes amplios al través de los prismas azules de su anímico ser, para de ese modo componer en mucho, en su trascendencia reflejada y refractada al tiempo, el canto al mar, el canto del hombre al mar, ... ese misterioso decir que inunda el cielo. ...

* * *

MAR VIVO

El canto ve su origen real en el misterio que rodea a lo cantado. Esto es incógnita y hundido arcano que asombra, que impone, que cautiva enigmáticamente al hombre y le fuerza a sentir y, al propio tiempo, a expresar sus sentimientos con el canto de ilusión. ... El canto —por eso acaso— se lanza con frecuencia hacia

los dioses, hacia la deidad infinita en su alto alejamiento en el espacio y en su decidida liberación del tiempo. En cierto modo y en alguna forma el mar es deidad, porque si no se alinea de igual a igual con los olímpicos dioses viene a ser en mucho reflejo intenso y vivo de algo sin duda divino. Siendo deidad o reflejo de ella, el mar es misterio, hundido arcano, incógnita de difícil encontrar, y todo misterio, desde el abismo de su realidad desconocida y oculta, exhala de peculiar manera su ser, su nebulosa consistencia, exhalación mediante la cual "expresa" lo que *es* al modo como lo hace la divinidad con la revelación, siempre oscura y enigmática, pero susceptible de interpretación por el hombre —aunque limitada venga a ser siempre— si tiene fe y reconoce superioridad y sublimidad en quien trasciende de sí con expresión decidida. Esta trascendencia expresiva, como la revelación de los dioses, es normalmente fenómeno que surge ante el hombre mediante el juego de lo accidental aparente de la deidad o del ente reflectante, accidentes expresivos y visibles, tangibles en mucho, que hacen, que dicen, y que permiten con ello la interpretación más o menos perfecta del hombre mismo. ... El mar, por ser lo que es, se expresa con el juego, misterioso siempre, de sus accidentes, accidentes éstos que en síntesis comprensible se reducen a su cuerpo y a su alma, al alma y al cuerpo del mar eterno. ... El mar *es* él, él mismo. Vive por sí, pese a que haya de resignarse a contar, como todo lo que vive en cuanto *yo*, con su circunstancia. Y *vive* con realidad indudable, ya que esa vida, medida con humanos parámetros, le viene de poseer en propiedad segura ese par de imposible elisión o de necesaria con-

junción integrante constituido —reitérese por conveniencia— por su cuerpo y su alma.

— *Alma*

¿Alma del mar? Sí; el mar tiene alma; está animado por vectores del espíritu, de un espíritu divinal en mucho y de huidiza esencia. El mar tiene alma. El mar tiene su naturaleza universal, causa de la participación del mar en las emanaciones del espíritu, de cierta sustancia espiritual que ve su origen en el propio origen de los tiempos, cuando el Tiempo no era, cuando lo único que podría decirse que había, que empezaba a haber, era algo más que el Creador, en forma —llamémosla así— de la Nada de donde salió todo. ... «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas» (Gén. I. 1-2). Este texto español de los primeros versículos del libro de los libros es bastante moderno; postconciliar, si mal no recuerdo. Antes del Vaticano II, en nuestra niñez y mocedad —en la mía, claro—, el segundo verso rezaba poco más o menos así: «... y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas». Debo confesar que este texto “me gustaba más”. Lo que sea este gustarme a mí resulta de explicación difícil. Las palabras llevan en sí —encierran— encanto y hechizo, tanto en su interno ser como, sobre todo quizás, en el marco amplio de su contexto. Eso es lo que, para mí, ocurre aquí. “El espíritu de Dios” implica muchísimo mayor poder significativo que “un viento de Dios”, por más que “espíritu”, como es sa-

bido, tenga tan íntima relación con “viento” y con “aliento” como para ser casi la misma cosa ... pero sólo casi. El “aletear por encima” no comprende ese toque esotérico, arcano, misterioso incluso, que se siente pulsar en el, en apariencia, más sencillo y hasta algo más vulgar “se movía sobre”.

De cualquier modo, esto precedente no es, para lo que ahora nos distrae, tan decisivo como lo verdaderamente sustancial. Ello es la estrecha y desde luego enigmática entreveración entre Dios —sea en forma de viento y aleteando, sea en espíritu y en franco movimiento— y las aguas del arranque de la Creación. Estas aguas del versículo 2 son las mismas que se definen mejor en el versículo 10 y que reciben de Dios su propio nombre: «Y llamó Dios a lo seco “tierra”, y al conjunto de las aguas lo llamó “mares”; y vio Dios que estaba bien». El espíritu de Dios, pues, se movió sobre los mares, sobre el mar inmenso, sobre ... la mar. ¿No es eso un intrincado misterio? ¿No está pidiendo a gritos y con lamentos acordes el versículo 2 desde su antiquísima escritura una hermenéutica desmesurada por razón de su denso, compacto y desproporcionado contenido? ... Sin necesidad de llegar a tanto, hay algo que surge del texto bíblico genesiaco al primer pensar: si el espíritu de Dios se mueve sobre las aguas, sobre el mar, éste, éstas, participan de aquél *in aeternum* ya; hasta que pierdan su esencia originaria; hasta que dejen de ser lo que son. ... El mar tiene en sí espíritu de Dios. ... La gran diferencia esencial entre el mar y la tierra estriba ante todo en el carácter espiritual divino del primero frente a la ausencia de él

en la segunda. No es que la tierra no haya conservado nada del espíritu del Dios que la hizo, que la creó y se complugo en ella, pero lo que tenga no puede tenerlo con la misma intensidad con la que el mar tiene lo suyo, ya que sobre aquélla no “se movió el espíritu de Dios”. Esa tierra, la tierra de la Tierra, la del planeta, surgió después; ya se ha visto. De ahí que a mí se me antoje que el hombre, si se me perdona la herejía, torció la intención divina al nominar la astral familia, ya que nuestro planeta, por razón de la entidad de lo precedente en el tiempo, cuando el tiempo no sabía más que de nacimiento y todo lo más de infancia, y de esa espiritualización divinal intensa, no debiera haber sido llamado Tierra sino ... Marina.

El hombre se asentó en la tierra porque Dios lo hizo de barro. Pudo haberlo hecho de agua ... aunque en cierto modo ya lo hizo de ella, pues para lograr barro es preciso mojar la tierra, y Dios lo haría con agua de mar, de ese mar que es el contenido de su espíritu. Por más que hubiera sido agua dulce, también ésta llevaría impreso el divinal espíritu, pues la lluvia —si es que entonces la había ya— procede casi toda del inmenso mar mediante la andante o voladora nube. ... El espíritu de Dios, por tanto, se infunde al hombre y a todo por el mar y a través de él. Al emerger la tierra deja generoso el mar que retrocede parte de su espíritu en ella, de ese su espíritu marino ya. La tierra tiene, pues, alma, aunque ésta no pueda ser la misma que la del mar. La emersión de la tierra —o la regresión del mar— secciona el espíritu, si esto se entiende en lo sustancial que posiblemente haya en

ello, y si se individualizan las almas. La de la tierra, empero, es en realidad alma emanada; pierde por ello valor de originalidad, valor ese que permanece en lo radicalmente marino. Diríase que el alma de la tierra vaga menesterosa —frente al alma del mar— de derechos genuinos de primogenitura. El mar es el hermano mayor; hijo, sí, de Dios como la tierra, pero el en sí primero, el mayor, el ... predilecto.

Y desde el principio palpité el germen del antagonismo y brotó enseguida. Los hermanos se diferenciaban desde el empezar a ser. La figura estratégica —y esta es digresión, anticipada además, acaso, que no ha de resultar del todo inconveniente— del mar contra la tierra, tan primordial en el estudio teórico y práctico de toda guerra de cualquier tiempo, se forjó en verdad con la historia, pero en embrión se perfilaba ya desde el origen de la coordenada temporal. De algún modo vino a fuer de precedente de la fratricida pugna de Caín y Abel. Como en ésta, Dios parece haber preferido desde entonces al hermano menor, empero. ... Puso Dios en la tierra la morada del hombre y la bendijo ... pero su espíritu seguía en el mar. Y sigue estando. Y, como habrá de verse, se sigue alimentando y acrecentando el alma del mar con el espíritu de sus hombres, de los hombres de mar, de los hombres de la mar, porque el alma marina es el espíritu de Dios, ... al igual que la tierra ve alimentar su alma, menos divinal y sublime en todo, con el espíritu de los suyos.

El mar tiene alma. El alma del mar participa del espíritu divinal. Supera en esa deducción de lo divino a cualquier otro ente de la creación, con excepción,

si acaso, del humano, al fin y al cabo hecho a imagen y semejanza de lo sublime. El mar *es*, por tanto, *es-píritu*. ... Pero estas afirmaciones presuponen otra realidad insoslayable: la de que el mar vive; la de que tiene vida. Si ésto no es presupuesto es al menos consecuencia. Hay que afrontar, pues, la realidad de que el mar vive, que es vida y que, en deducción lógica, la transfiere o puede transferirla, y que la da o, por tanto, hace vivir. Claro es que hay que anticipar —para hilar debidamente el argumento— la convención que se establezca sobre lo entendido aquí por “vida” y por “vivir”, por lo que tiene el mar en cuanto referente al concepto que engloba lo vital en lo que esto implique de ser y trascender con vigor sensible. ... *Vivir*, aquí; lo que yo por ello entiendo, lo que creo que se debe entender por vivir, es disponer de capacidad de *hacer* con eficacia bajo la conducción del hombre; es, de otro modo, contener en sí la posibilidad de *ser* para el hombre lo que éste sepa y quiera hacer de él, del que vive, del mar en esta ocasión. Este vivir no es, naturalmente, potencia individual —mejor individualizada—, porque, como ha quedado patente según lo definido, depende de dos firmes claramente distintos entre sí para mantenerse con gravedad contenida sin deshacerse al caer. Esos dos puntos firmes, necesarios para el vivir del mar, proceden —*son* prácticamente— de la “capacidad de hacer”, o de la “posibilidad de ser para”, en la otra versión definitoria, de un lado, y del hombre, simplemente, del otro.

No debe de ser difícil identificar, por similitud evidente, esas “capacidades de hacer” o “posibilidad de

ser para” con el alma del mar. Toda capacidad o posibilidad —semánticamente lo mismo acaso— implica un motor, pasivo, si se quiere, o movido, como diría Aristóteles, ya que sólo cabe un motor inmóvil; algo que, por causa externa, se mueva y actúe y haga. El alma del mar, como toda alma al fin, requiere ese, por así decir, estímulo exterior. Esa palanca es el hombre.

Entonces —se dirá en lógica seria— el mar, en cuanto algo de entidad anímica, está decidida y claramente condicionado por el hombre; es decir, que el mar *es* por el hombre y que es, vulgarmente hablando, lo que el hombre quiera. ... Sí; cabe decir tal vez. Pero es preciso atender a un distingo. Este distingo concede eso dicho en lógica siempre que ese ser del mar se entienda como vivir, como ese “vivir”, precisamente, que se ha definido en la forma que se ha hecho. Si se ve la cosa con tal sesgo en la mirada, entonces, indudablemente, el mar vive por el hombre, vive de la forma en que el hombre quiera hacerle vivir y en cierto modo hacerle ser. ... El verbo ser se aplica al alma; el verbo vivir resulta, al fin y al cabo, del hombre ... de otra alma, en realidad: del alma de éste. El mar *es*, entre otras cosas, claro, alma. El mar *vive* según el hombre, entre otras cosas también.

El mar, pues, es algo que *es*. Tal ser es ente animado, vivo, persona en cierto modo. Tiene cuerpo y alma. En cuanto tal, el mar es susceptible de ser *conocido*. Al dar el pensamiento al mar en cuanto objeto éste de la razón, del conocimiento, del *ingenio* mejor acaso, convendrá detenerse a considerar —para pro-

barlo, si cabe, mediante una demostración modo matemático de lo visto ya de otra forma— si el mar se mueve en verdad a impulsos anímicos, espirituales, y si ello es así, como para mí es axiomático y como lo es asimismo, según quiero creer, para los hombres de mar que lo son por algo más que por el nombre, intentar la indagación sobre su entidad genuina, es decir, sobre su “en qué consiste”, “qué es” y también “quién es”. La búsqueda no es baladí ni empresa insensata de chiquillos. Pese a su aparente sencillez, lo que se pretende implica faena sobremanera compleja. “Consistir en” es complejísimo ser; modo de ser. Llegar a saber, lo que se dice saber, la consistencia de algo—sobre todo si ese algo es esencialmente complejo, como el mar lo es— resulta empresa metafísica pocas veces lograda. En verdad, en puridad filosófica, jamás se ha conseguido con nada, porque todo cuanto implique al *ser* sigue siendo misterioso, extra y ultra humano, arcano eternamente enigmático. “Consistir en” es de aplicación natural a cosas y a personas. Y es algo que en realidad viene a ser previo a la siguiente inquietud representada por el “qué es”. En efecto, el “qué es” algo, el intentar averiguarlo, parece presuponer la consistencia en cosa clara de tal entidad. La consistencia, aun cuando sea, no es nunca clara, con lo que se anticipa dificultad irresoluble del todo para la solución del “qué es”. Y queda el “quién es”, que a la ligera consideración parece implicar el *qué* anterior, pero que no lo contiene en realidad sino que, todo lo más presupone para dar la respuesta adecuada, porque la verdad es que trasciende a lo anterior. El preguntar por un “quién” intuye personalidad de algún modo, y

ésto es cosa que, en puridad y aunque a primera vista lo parezca, no surge simplemente del conocer un *qué* determinado. ...

Dada el alma del mar, empero, ya se tiene mucho anticipado en el andar intrigante hacia su quién. Desde luego también se dispone de algo válido par indagar consistencia y qué, pero el “quién” resulta acaso ser lo más complejo de todo, de este tríptico aquí traído de modo natural, por lo que se verá facilitada su búsqueda si se juega oportunamente con lo que se alcance al averiguar “consistencia en” y “qué” posterior.

¿En qué consiste el mar? Consiste en *ser* él, él mismo; en ser él lo *primero* que genesíacamente llegó a ser después del cielo y la tierra, pero ésta en cuanto contraposición a aquél, no en su final realidad de ente telúrico, de miembro de la dualidad definitiva; en ser él lo primero que resultó *divinizado* o *deificado*, aunque no con la semejanza con la que el hombre acabó siéndolo al fin. Esa es la consistencia del mar; su triple entidad consistente. Visto con detenimiento, este consistir del mar parece suficiente pese a lo condensado conceptual de su contenido. Y además, creo yo, no ha sido la suya definición complicada y difícil, porque se ha hecho sobre fundamentos encontrados previamente, en erección contenida en los párrafos que preceden, que han ido saliendo en el discurso de forma relativamente natural y ligera. ... Tal vez no haya habido necesidad de divagar mucho al decir lo que se ha dicho, porque pensar la consistencia de algo —aunque ese algo sea el mar— no es el pensamiento más complicado

y exigente de labor de todos los obligadamente referidos a ese algo. Desde luego es el más sencillo, creo yo, de los tres traídos a colación correspondientes a los otros tantos interrogantes formulados. Uno, el primero, ya ha sido contestado con lo que, por ahora, se ha estimado sustancia suficiente. Puédesse, pues, pasar al segundo.

¿Qué es el mar? He aquí un interrogante sobremañera enigmático y arcano, como todo aquél que se inicie con un *qué es*. El mar *es*. Pero ¿*quién es* el mar? ¿Quién puede ser eso que hasta ahora ha rehuído revelarnos su prístina entidad? Poco sabemos acerca de la consistencia en sí del mar y de su complejísimo *qué*. ¿Cómo, pues, cometer la osadía de acercarnos a su más aún complejísimo *quién*? El *qué* es algo que suscita cosa, mas el *quién* parece pretender buscar persona, y lo personal, de cualquier modo que se aborde y se interprete, representa hacer difícil, complejísimo. El “quién” es, al fin y al cabo, el “qué” de alguien, de algo vivo y por tanto trascendente. ¿Cómo, pues, atrevernos a desvelar lo que el mar, en cuanto entidad personal pueda ser, *es* verdaderamente? Sin embargo, ese *quién*, enigmático al primer mirar y ser mirado, debe *ser*, ya que está animado, tiene alma y, por lo tanto, vive. El mar ha de tener, tiene, un ser personal definido; es un alguien; tiene su propio *quién*. ... Lo que acontece, lo que debe de ocurrir es que su aprehensión, a más de difícil en extremo, aparenta ser penosa y larga, exigente de muchas aproximaciones al objeto *mar* con muy distintos talantes inquisitivos y con ópticos sistemas diversos y varios. Eso, y tenacidad fuer-



te, vigorosa e incansable, ya que no habrán de faltar los fracasos en la investigación ni las decepciones en lo ocasionalmente encontrado. Lo personal del mar; su quién recóndito y huidizo, se escurrirá de entre las manos de su buscador como la espuma de la cresta de las olas rotas se diluye en el aire que deshace el viento. ...

Por eso, acaso, el quién del mar, que yace alejado en el sendero sobre el que anda toda indagación inquieta, se halle al final de lo que empieza ahora. ... A su largo podrá tal vez irse viendo, a veces, el alma del mar.

— *Cuerpo*

Cuerpo del mar. ... No es preciso probar que el mar tiene cuerpo. El cuerpo del mar domina en extensión el planeta Tierra. Es casi un axioma ya la franca desproporción existente entre la superficie que de la esfera inmensa en la que vive el hombre cubren las aguas y la que pertenece a las tierras, que bien son por el caso tierras emergentes, con lo que admiten sin protestas grandes su marcada relación de dependencia.

El mar es agua y cielo a la vez; aire, atmósfera, dicen los geógrafos y los geólogos. Cielo, prefieren pensar los poetas. Ese cielo es del mar porque en mucho es formal agente del cuerpo de éste. El cuerpo del mar es agua, sin duda; es de agua, pero se *mueve*. ... ¿Mueve el alma del mar su cuerpo acuoso? ¡Quién

sabe! Pronto es aún para afirmarlo sin matices que eviten la exagerada rotundidad del aserto. El alma del mar será el motor inmediato o será acaso cualquiera otra espiritualidad anímica, pero resulta innecesario demostrar que el cuerpo del mar es animado de forma indiscutible.

Dice la ciencia que todo movimiento procede del motor originario; de su motor original. No del primer motor aristotélico, sino del principio cósmico: el Sol para la Tierra. El Sol, en cuanto origen del sistema, origen dinámico de los planetas, es en realidad la causa del movimiento de rotación terrestre y del de traslación también por identidad natural de causa. Aquel movimiento, en combinación más o menos complicada con lo que de movimiento tiene el calor del astro estelar que llega al planeta, causa la variedad de fenómenos meteorológicos, y, entre éstos, los vientos. El movimiento resultante de la atracción de la relativamente desmesurada masa solar sobre la masa oceánica es el de las mareas, conjugado, claro es, con la fuerza semejante procedente de la Luna humilde y pálida, pero eficaz en su dinámica; más eficaz, dicen, que el orgulloso Sol, por su proximidad casi amorosa al planeta que la sostiene y la mueve con el primer movimiento real visto. ... El cuerpo del mar, acuoso y denso, grave, inerte, se mueve pues; es movido, más propiamente hablando, por el viento alto y las mareas hundidas.

Mas no es eso sólo lo que mueve al mar. El mar, en efecto, viene a ser movido por tales meteorológicos y astronómicos agentes —eólicos y silénicos en su-

ma, para jugar con vocablos teñidos en lo posible de mito y de poesía—, pero también *se* mueve con personalidad, porque ... se mueve él. Hay aquí, como en todo, marcada diferencia expresiva entre la pasividad y la reflexividad independiente en cierto modo; entre el ser movido y el moverse. La diferencia cobra, en nuestro idioma, mediante las distintas significaciones inherentes a la verbal voz pasiva y al verbo reflexivo, matices sobremanera fecundos. Tal vez no se dó tan claro el caso en ninguno de los idiomas que creo conocer, aunque he de admitir que no los conozco en cualquier caso muy bien. Si acaso, supongo, puede haber algún otro semejante, pero no superior al español.

El *movimiento* es característica fundamental del ser del mar; concretamente de su cuerpo. El cuerpo del mar, visto así, con la mirada que en lo poco que va pensado sobre el ser corporal del mar se ha esbozado sin ansias de hundirla en el objeto de su contemplación —de su teoría, en propiedad—, el cuerpo del mar ese se ha presentado a sí mismo como *materia*. El cuerpo del mar es por tanto materia en movimiento; materia sin tiempo en verdad —como es todo lo de origen real genesiaco— y movimiento peculiar de lo marino, aunque a la impresión primera pueda antojarse semejante al menos, si no igual, al de otras muchas “materias” de este mundo. ... Bien: *materia en movimiento*. ¿No rezuma ese sencillo decir del cuerpo del mar sugerencias científicas? Sí; la ciencia, lo que se entiende por tal, pero con mejor definición lo que se comprende como la ciencia física aplicada a objeto limitado —al mar, al cuerpo del mar en este caso— se

ha dedicado en efecto al mar, a lo marino, a lo pelágico, desde que empezó a tomar conciencia de sí misma y de sus posibilidades, y desde que se sintió atraída por el propio mar en cuanto objeto de estudio prometedor de beneficiosos y útiles resultados pragmáticos. ... Pero antes que la ciencia en sí —antes de que ésta en cuanto tal alcanzase desarrollo suficiente como para llamarse a sí misma ciencia— fue el propio hombre, ingenuo aún, el que sintiera curiosidad natural por ese elemento telúrico de llamativa y atractiva fenomenología —el mar en sí, exteriorizado mediante su cuerpo activo, animado, móvil de modo peculiar— y el que empezara a sospechar la posibilidad de convertirlo en objeto de su incipiente y balbuceante ansiar científico. ... El hombre del principio se propuso por convicción acaso deliberada saber del mar. Y el hombre que le sucedió en el lento paso de los siglos se mantuvo en tan conveniente proyecto decidido. El hombre siempre ha querido y pretendido saber del mar. ... Mas, como todo saber humano, el conocimiento del mar no está completo. Se da la peregrina circunstancia —tal vez ocurra en otros círculos del saber, pero no serán éstos muchos— de que para llegar a saber algo del mar —no sabe el hombre todo de él, ni muchísimo menos ... ¡quién sabe lo que podrá saber mañana!— es preciso también saber ya un poco. No es esto un juego de palabras, sino la más aguda de las realidades. Para empezar sólo a conocer al mar se requiere la inevitable iniciación, que es por lo general larga y difícil; áspera y dura además, pero con alegres compensaciones si quien se inicia en el secreto de tan trascendental elemento lo hace con la intención de dedicarse por en-

tero a él, asentando su propia vida sobre su vacilante superficie, suave pero intrincada; si se da a esa dedicación con esperanzas de agradables réditos también cuando, al tratar de conocer al mar se fija a sí mismo la meta de profundizar en alguna ciencia, en algún arte o en cualquiera de las actividades humanas con el mar relacionadas. ... La iniciación es larga, porque cuanto más se sabe sobre el mar más clara aparece la existencia de secretos no revelados aún; y esto acontece tanto si se trata de oceanografía, de ictiología o de estrategia naval, como si lo que cuenta es la poesía o la pintura marinas. Es algo así como lo que acontece en el ámbito de las ciencias que estudian el firmamento: que a medida que aumenta la potencia del telescopio y asimismo las capacidades de los satélites artificiales dedicados a perforar el cosmos, se descubren insospechados temas que aparecen exigiendo la decidida aplicación a ellos de la inteligencia humana. La iniciación es difícil porque el objeto de estudio es hosco a veces, desconcertante como pocos y siempre enigmático.

El cuerpo del mar, en mucho, es apoyo de su alma, del alma del mar. Lo anímico del mar se funda de algún modo, con franca intensidad en tanto, sobre lo aparente corporal del mar: en su talante, en su ostensible aspecto, en su expresión natural, en su —en fin— fenomenología sensible. ... Y todo esto se resume en estos dos ubérrimos vocablos: *mar* y *viento*. ... Antes de rozar someramente la fenomenología del mar y del viento —de *la* mar y el viento, acaso— conveniente ha de ser la posible diferenciación entre lo que *el* mar

es o pueda ser, y lo que *la* mar intente venir a ser frente a su masculino oponente en apariencia, por más que no existan entre ambas denominaciones más que matices de reducida significación. ... Por lo pronto, que yo sepa, tal distinción masculino-femenina no existe con vigor digno de ser tenido en precisa cuenta más que en nuestro idioma, en el español ya viejo de muchos siglos. Desde hace varios, el español ha distinguido siempre entre el mar y la mar, por más que no siempre lo haya hecho de igual forma y con sentido idéntico o por lo menos semejante. ... Antaño se hablaba del mar océano y de la mar océana, aunque tal vez fuera con la misma intención mental e incluso práctica con la que hoy, desde hace bastante tiempo también, se refiere el marino español al mar y a la mar con consciente o inconsciente convicción de que se trata de cosas de idéntica raíz, muy hundida y aferrada ya en el hondón anímico marinerero, pero de distinta realidad práctica en lo gramatical y en lo sentido. ... El mar es lo inmenso, lo alejado, lo abstracto si se quiere, lo que verdaderamente *es* en lo cósmico y en lo telúrico, en lo bíblico y creacional, en lo teórico e ideal, si valieran estos conceptos de alcance indefinido en la realidad indudable de lo que lo marino nos lleva eternidades diciendo que ello mismo es. ... La mar, por lo convenientemente opuesto a lo sugerido ahora, es en cambio lo relativamente reducido, lo dimensionado en física, lo cercano al hombre de mar que distingue entre el mar y la mar misma, lo sin duda concreto y tangible por la inexistencia entre el hombre y el elemento marino de esos hondones sensibles que diferencian y que distinguen en lo real del día, del hoy, del momento que se

vive, entre lo que “está aquí” y lo que “es” con mejor conveniencia para estar en la mente activa y en el pensar decidido. ... El marino español, el hombre de mar de esta península tan marinera en esencia y en condición como escasamente dada al mar y a la mar en convicción y en historia, habla de *el* mar cuando quiere referirse a la realidad geográfica que representa el Mar Mediterráneo o el mar que en amplitud sin límites viene a ser el Pacífico o el Atlántico —o incluso el mar de Kara o el Caspio, con los que por lo general no tiene grandes conexiones íntimas y profesionales—, y también se refiere al mar, en masculino, cuando, pensando en estrategia, en estrategia naval —claro—, llega a concebir figuras de ese orden bajo la forma de “dominio *del* mar” o de “el mar en cuanto factor de la guerra”. ... Pero es *la* mar, atractivo femenino, cuando su referencia activa, deducida de la realidad presente e inmediata, se centra en la dimensión telúrica en la que se encuentra —el *estar* en *la* mar, en español—, o se dirige a lo que, en breve, ha de venir a ser su morada tangiblemente profesional y al tiempo la “circunstancia” propia y adecuada de su indiscutible ser —el *salir* a la mar o el habitual *vivir* en la mar, que tan bien conocen y experimentan a diario los hombres de mar que hablan en español—.

Todo eso es, si se quiere, gramática y decir vocal, aunque no le falte en puridad —como en verdad ocurre— su parte veraz de esencia anímica. Sin embargo, la diferenciación entre lo que sea y se entienda por *el* mar y lo que en cercanía resulte ser para el marino *la* mar, no sólo obedece a razones semánticas. Hay otras

cosas, otras realidades vivas, que justifican, ante él mismo al menos, el hablar respecto del mar en masculino o con la entrañable intimidad expresiva y descriptiva que el femenino encierra y que de él trasciende. ... Porque el mar es lo que es; la mar es eso en lo que se está. El ser del mar, su masculinidad en nuestro peculiar caso de españoles —en el caso más concreto de españoles del mar o de la mar, marineros o marinos siempre—, atrae el pensamiento y se identifica con su pensarlo; pero si en lugar de jugar con el extensísimo *ser*, de proyección lanzada y sin duda dotada de real dinámica, se reduce la relación con lo marino al inmediato y viviente *estar*, lo marino se feminiza, se hace propiamente *la mar*, lo que, al fin de cuentas prácticas, es lo propio del hombre de mar, del hombre que, aun habiendo hecho en su hora “profesión” de mar, del mar si se quiere, llega a vivir con extensión temporal francamente dilatada y convencida lo que se expresa del mejor modo en español como *la mar*, y realiza con vigor ese peculiar e íntimo “vivir” *estando en la mar* y sintiéndola en su acaso inefable, o de difícil expresar siempre, consistencia, realidad y apariencia femenina. ...

Pero se está ahora en relación intelectual y mental con lo corpóreo marino, con lo que, en relativa y misteriosa oposición con el alma del mar, se está entendiendo por su *cuerpo*; *mar* y *viento*, se ha dicho, es la exteriorización más expresiva y clara de lo corpóreo del mar hacia la teoría inquieta y ansiosamente penetrante. ... Pues bien: lo que el vocablo “mar” significa aquí es *la mar* en su concepción concreta, cercana

y tangible, antes que *el* mar en su generalización relativamente elevada y en cierto modo afectada por lo que de idealización pueda haber en todo esto. ... Viento y mar; mar y viento en cuanto expresión primera, atractiva con fuerza y definitoria en lo más próxima-mente sensible y apreciable con realidad vital de lo que trasciende de lo que se siente al pensar en el cuerpo del mar. ... Pero ¿qué extraña conexión parece atraer entre sí a ambas realidades físicas?

Debe ser la de que el viento *hace* a la mar, a *la* mar cercana, y la de que *el* mar, el mar lejano acaso para quien se enfrenta con el viento aquí, mar que será sin duda *la* mar para los que se encuentren navegando y viviendo la mar en aquel origen, es el que *hace* al viento realmente desde su nacer remotísimo en el que el viento mismo no hace más que empezar a vibrar con fuerza animante para acabar siendo él mismo con energía indiscutible proveniente de ... la mar y del mar. ... El viento no es sino el activarse en fuerza de la masa atmosférica. Esta física carece de poesía, en efecto, pero el poetizar en lo marino nace con el viento. Y nace cuando aquella masa atmosférica inicia su andar, su navegar, su volar incluso, al conjuro —dicen los entendidos— de la diferencia de presión; de las distintas presiones atmosféricas relacionadas por la geografía en proximidad o en lejanía. El aire, lo atmosférico, tiende a llenar lo vacío ... y se mueve por lo tanto. Eso, física o poéticamente, es el viento. Y el viento es tanto él mismo —con su vigor, ansia y fuerza— cuanto mayor venga a ser esa diferencia presiva o depresiva que demande su ponerse en acción suave o

violenta para moverse sobre la pelágica superficie en búsqueda de la mar suave y dormida acaso. ... Y ese viento, hecho ya, se encuentra con *la* mar, que, en cierto y enigmático modo, espera al viento encantada y deseosa de su caricia o de su castigo. Y cuando el viento llega es cuando el viento hace a la mar. ...

Y el viento nuevo, que en su empezar es rozar amistoso, con el pasar del día cobra energía ansiosa de violencia, y —como dicen los marinos, los hombres de mar más bien— *carga* o arrecia en actitud. Su acariciar a la mar tranquila se trueca en brusca fricción poco a poco, con lo que la mar, su superficie en especial, brillante al sol normalmente, se resiente asombrada y se extraña del ardor nuevo. Cede empero al impulso fuerte y modula su superficie al imperativo de lo que está adviniendo. La mar pasa de ser llana a empezar a rizarse. Mar “rizada” llaman los que en la mar están a esa forma primera de responder la superficie oceánica al fuerte y brusco pasar del viento sobre ella. ... La mar aquí, ante el viento y frente a sus insistentes demandas, se reconoce impotente y frágil. Siente la necesidad de ceder. La cesión obligada abre la apariencia de la *ola*.

El viento insiste tenaz y juguetón en mucho al tiempo; la ola, resignada, crece, va creciendo en entidad, en consistencia, en su verdadero ser pelágico y natural. El viento encuentra en la ola haciéndose, una espalda sobre la que empeñarse empujando fuerte con sus facultades enérgicas y conformantes de la mar. Y esa espalda, soportando tranquila normalmente el

eólico impulso, se altera elevándose hacia la cresta que domina todo y que va con claridad ganando en altura. ¡La *altura* de la ola! He ahí su más destacada característica. Junto a ella está, claro es, la longitud, la distancia horizontal entre crestas, pero la altura, la verticalidad que se extiende del cielo al abismo pelágico, es lo que verdaderamente significa a la ola. ... La altura es lo que en puridad *crece* con el viento. El propio viento parece gozarse en “hacer” alta a la ola, en crear olas altas e impresionantes para el marino, para el hombre de mar que ha de enfrentarse con ellas. Pero el viento, en su hacer teórico —y en el práctico incluso— no mira al hombre que en la mar está ni al barco que le sustenta en incipiente desconcierto ante la majestad eólica en plena y franca epifanía; se dedica a la mar con atención primera y especial. La mar es su único objeto cuando él mismo se siente creciente y pujante soplando hacia el triunfo indudable sobre la mar sumisa y generosa en tanto. El objetivo del viento creciente no es otro, de inmediato, que el de *hacer* la mar. ... La mar *crece* en efecto a sugerencias ineludibles del viento fuerte, con lo que el mismo viento se crece a su vez y arrecia. El círculo se cierra: el viento se goza en castigar a la mar —en cierto modo es castigo su actuar sobre ella—, y ésta, la mar, sintiéndose ser objeto de un “castigo” conformante de perfiles bellos, disfruta de lo que, para ella, es tanto caricia como pena. A la mar, en su fondo, le encanta verse crecer a sí misma y ganar en altura; así es como, de algún modo, se realiza, se “hace” ella misma. La mar se enorgullece viéndose ola alta, porque de ese modo puede presumir de altanera. ...

Y la mar *crece* y la mar se *hace* donde el viento *está*. El viento *está*, porque nace allí y allí se hace —el viento, claro es, que para los hombres de mar merece el nombre de tal—, en el fenómeno meteorológico que el científico del mar llama ciclón en el Atlántico —ciclón tropical— o tifón en el Pacífico —tropical asimismo por razón natural de las cosas de la mar y de la meteorología—, aunque también *está* en esas cosas reducidas en cuanto a extensión geográfica, por más que no siempre en intensidad y energía, que se conocen regionalmente por tornados, pamperos, borrascas y algún nombre más acaso. En esas realidades de la meteorología *está* el viento naciente, creciente y arrogante porque la depresión es aguda —la depresión atmosférica— y el aire se enloquece al rellenarla. Ahí *está* el viento en fuerza y en ansiedad vigorosa. Al incrementar su energía eólica anima a la mar a seguirle y a corresponderle; y la mar, contenta o resignada y alegre o triste, aumenta en lo que le piden y se agiganta con lúdicas aspiraciones en el fondo de su alma ... no en el fondo de su cuerpo, porque, en lo que deja de ser somero en la mar, bien poco puede ya el viento. El viento es dictador en superficie para la mar; ésta sigue siendo ella misma en sus profundidades y en sus abismos indominados. ...

Y la mar responde al viento con la *ola*. La ola viene a ser en gran modo la epifanía de la mar, su exteriorización, su prurito de ser y de parecer al tiempo, su deseo de mandar y de imperar. A la mar, en circunstancias, parece gustarle el ser fuerte y ostensible al través de sus olas potentes e impresionantes. A

las veces da la impresión de rogar al viento —de exigirle casi— que insista en su castigo con ella para obligarla a ser, a ser ella y a demostrar sus posibilidades pelágicas e incluso cósmicas; tal es su ardiente deseo de, en lo marino, *ser*. ... Y mediante la ola se expresa la mar. La ola abraza al viento fuerte y aumenta en altura; se crece orgullosa de sí misma. Va tomando contenta su forma cicloidea, y la mejora y perfecciona pidiéndole al viento que siga ayudándola en su presuntuoso querer. ... Aumenta en altura y ansía presentar aspectos dantescos. La ola alta, en especial si todavía es corta, se hace temible y puede dañar a todo lo que en su cercanía haya de defenderse de ella y mucho más a todo aquéllo que pretenda oponérsele. El hombre, el barco, encuentra en su sumisión a la ola altiva y fuerte su única lógica y razonable salvación, aunque tras duro castigo sea ...

Pero el viento es el amo al fin. Al menos mientras dura su vigor creciente o permanente. Se goza en romper crestas y en convertirlas en espuma blanca y densa que vuela desmenuzada en alas del viento airado y en el seno que encuentra frente a sí antes de llegar a su semejante de sotavento. Pero se deshace, se anonada en tal hondonada acuosa. No llega a rebasar, como tal espuma, el seno hundido que media entre dos crestas. Lo blanco creado por el viento violento y duro se mezcla con lo oscuro que yace en el seno resguardado pero que pronto, enseguida, va a ser elevado a lo alto, saliendo de su socaire relativo, para verse hecho cresta expuesta a la fuerza eólica y destrozada —aunque con alegría casi siempre— por el viento juguetón y domi-

nante que parece amar la espuma y que se duele de que, una vez creada por él, se desvanece ante su volar amante y se deshace en negro, perdiendo su albura encantadora y privándole de amada resignada. Mas se consuela con facilidad porque se sabe seguro a sí mismo de seguir o, si se quiere, de volver a empezar. ... Porque no cesa jamás el juego viril y amante del viento con las crestas de las olas jubilosas. ...

Pero el viento, en su ser prístino, *es* de la mar. Diríase que está para ella; que está hecho para *hacer* verídicamente la mar. Y él lo sabe, y en su saber peculiar hace maravillas con la mar, con sus olas, con sus crestas y senos, con sus formas al fin. ... Y siempre se goza en ello o parece al menos entregarse contento y hacedor dispuesto a la fecunda tarea de conseguir que la mar *sea* lo que su naturaleza le inclina a ser. ... Pero aunque el viento es verdaderamente de la mar, no siempre está con ella; no puede en verdad estar siempre y constantemente con ella porque lo natural, la naturaleza, impone sus mandatos y sus, en cierto modo, caprichos ... Lo "natural" es que una vez hecha la mar por el viento —ese hacer a la mar ingente, inmensa, alta, arbolada a las veces, altiva y convencida de su propio ser con contento real siempre— el viento mismo la abandone y la deje ser ella misma, lo que de ella ha hecho el propio viento. ... Y cuando el viento cae, disminuye, se deshace en una geografía determinada, allá donde él mismo ha hecho a la mar, la mar sigue sola, y sigue animada hacia el rumbo que el viento arisco le ha impuesto con tiranía desconocida. Pero sigue contenta. Ya no es blanca en la cresta de sus olas,

porque le falta el impulso vivífico que buscaba el blanco salino, pero empieza a aparentar azules y verdes semejantes porque el negro del cielo da paso a la luz del sol reinante siempre. ... El viento queda atrás anodado respecto a la mar navegante todavía, y el llamado temporal inicia su reducción en fuerza y en dinámica imponente. La mar se encuentra libre, por así decir, pero sigue siendo ella. Cambia no obstante de nombre: de mar atemporalada, de mar alterada por el viento en violencia desusada, pasa a ser mar *tendida*. He aquí una ubérrima expresión del decir español del mar. ¡La mar tendida! El viento, prácticamente, no está ya presente en la escena, en la escena marinera de esa mar concreta, pero la mar —la ola— conserva aún, y por mucho tiempo y dilatada geografía, sus líneas airosas y elegantes, transformadas ahora de fiereza dura en calmosa belleza. Las olas siguen —se siguen unas a otras— pero lo hacen ahora con delineaciones tranquilas y suaves en mucho, no menos bellas, empero, que cuando aparentaban lo fuerte y lo irascible al conjuro inevitable del viento duro inmediato y dominador. ... Y esa mar tendida y suave, aunque alta aún y altiva siempre, y larga entre crestas por lo natural de la realidad pelágica, continúa su andar tenaz hacia costas alejadas consumiendo la energía que el viento en su hora le imprimiera y le donara. ...

La mar hecha se despide del viento que la hace, y sigue en mucho siendo ella. El viento que a la mar ha hecho, le dice adiós a ésta convencido de su bien hacer. La deja ir hacia otros y lejanos horizontes, porque, más que “adiós”, le dice en realidad “hasta luego”,

como en la tierna canción hispanoamericana. ... La mar y el viento se encuentran de nuevo tras pocas vueltas de la Tierra sobre su eje. Ello por ley natural, ley o naturalidad en la que influyen sin duda alguna, aunque con misterios insolubles que tampoco exigen aclaración imperiosa porque se saben seguros de su valor misterioso ante el hombre, ante el mar eterno y ante cualquier poder sobrenatural que pueda decidir por encima de ambos. ... Porque el viento ama a la mar y la busca allá donde pueda encontrarla, una vez consciente de haber sido hecho por la meteorología sapiente; y la mar desea al viento como la amante aspira al amado, porque sabe, por instinto o por ciencia natural, que la llegada del viento será el origen de su realización plena, de su hacerse verdaderamente *mar*.

* * *

INFLUENCIA ... INSPIRACIÓN

Al mar le ocurre, pues, que vive, que es dinámico. Al tener fuerza, esa vida trasciende de el influjo inspirante, y por ser eso el mar, el mar *influye*; influye e *inspira*. ¿Adónde o a quién lo hace? ... Naturalmente, y con la generalidad lógica en estos casos, el mar influye en su circunstancia, sobre ella, por más que lo haga con mayor incidencia y más decidida intensidad en unas "cosas" de esa circunstancia que en otras. La "cosa" que ahora interesa aquí porque tal vez sea la más influída o al menos la que puede de mejor modo sentir esa influencia, considerarla y, tal vez, compren-

derla es, sencillamente, el *hombre*. "Hombre" aquí es eminentemente tanto el individual como el que se agrupa en identidad de lo común: civilizaciones, naciones, pueblos, comunidades de cualquier orden, ... pero tenido y considerado con preferencia diferenciada por su lado espiritual. Por eso, y recurriendo a una síntesis conveniente, aunque un tanto exagerada pueda parecer, podría decirse que el mar influye en el hombre y en los pueblos, pero en lo que uno y otros tienen en sí de *vida*, vida que, en alas del tiempo, acaba decantando en *historia*. Y de esa "vida" destacan ciertos aspectos con mejor definida emergencia. Subrayar procede la política, la ciencia y el arte, acaso los *haceres* con mayor trascendencia entre los que llevan a la historia. ... El mar hace todo eso —ese influir y luego el inspirar— porque es vivo, dinámico, trascendente por tanto. Al influir en el hombre —quíéralo éste o no; lo sienta o lo ignore en su conciencia indiferente o dormida— lanza fuera de sí su propia esencia marina y, en su ardor centrífugo, busca metas, receptores decididos y convencidos; trasciende, en fin, inquieto y hasta ilusionado hacia el hombre. Diríase que el mar, en su ansioso deseo de trascender, de darse, prefiere al hombre, y diríase asimismo que se entusiasma al ir hacia el hombre genérico y en comunidad —pueblos, naciones, civilizaciones incluso— al través mediador del hombre aislado: marino, hombre de mar, adolescente enamorado de lo marino, pensador, poeta ... A algunos los encuentra en su contento trascender. A otros no, bien por dar en ignorantes indolencias, bien por encontrar conciencias hostiles o mentalidades equivocadas. ...

La influencia del mar es varia, en el sentido de que en unas de sus facetas influyentes es el alma del mar el destacado y decisivo elemento activo, quedando entonces el cuerpo como complemento de ese hacer en su componente enérgica, algo así como el actor secundario de la influencia. En otros, en cambio, es el cuerpo en sí —menos espiritual si se quiere, mas también vigoroso y con decisión clara y marcada— lo que origina más dinámicamente el influir del mar. ... El *alma* del mar, como vector principal de la fuerza resultante que influye sobre el hombre genérico o sobre el individual, ejerce su efecto a través de la geografía —aunque ésta sea preponderantemente cuerpo— y de la historia, sobre las que incide con su vigor dinámico en el alma de los hombres y en la de los pueblos. Así hace y conforma la *mentalidad* de hombres y pueblos en su comprensión del mar y de lo que el mar *es* en la vida y de lo que en la historia ha sido y sigue siendo. La mentalidad ante el mar es una forma de *sentirlo* y de *verlo* luego en su realidad trascendente para actuar, para vivir, y para hacer historia; es, en suma, el reflejo especular del alma del mar en el alma del hombre, en la de los pueblos, naciones e incluso, una vez más, civilizaciones extensas en el tiempo histórico y en el espacio geográfico, posiblemente heterogéneos todos en sus exteriorizaciones de forma. ... El *cuerpo* del mar influye en lo humano a través, naturalmente, de lo sensual, de lo corporal humano, pero lo hace para alcanzar predios del espíritu. Influyendo el cuerpo del mar en cuanto vector de actividad más fuerte y destacada del complejo conjunto alma-cuerpo sobre lo espiritual humano, sobre aquella vía sensorial de lo real y tan-

gible, incide con verticalidad fértil sobre una de las más excelsas exteriorizaciones del alma humana: el *arte*. La influencia del mar se traduce entonces, de modo en puridad genuino, en *inspiración*.

El mar —y la mar, en cuanto impresión inmediata ésta, para los sentidos del cuerpo, del mar, y algo lejana también de su alma— participa de lo divinal. “Influir” e “inspirar”, con referencia al mar, pueden buenamente ser comunicación o sugerencia al hombre de lo que de divino en aquél le anima para excitar hacia la fecundidad a su imaginación idealizada por el entusiasmo. El mar *inspira*. Su inspiración diviniza en mucho al arte.

Mar y arte. ... Arte y mar. ... Arte *del* mar. ¿Será preciso decir qué es eso? Entre arte y mar se da una cópula sobremanera fuerte y profundamente convencida de su valor trascendente porque procede de una interconexión real y ubérrima que se funda en una casi identidad radical. Acaso es todo así porque en la sencillez de las cosas el mar inspira al hombre de natural modo impulsándolo a la creación artística bella. Acaso es todo porque el mar *hace al* arte porque él mismo, siendo arte en sí, hace también *el* arte. ... Hace, claro es, más unas artes que otras. Ahí están la música, la pintura, la escultura en algo también, pero, sobre todas ellas, el arte bella —permítase la inclusión aquí de lo que para muchos o para algunos al menos puede ser extrapolación exagerada— ... al arte bella de la palabra, de la palabra escrita, de la palabra escrita para ser leída y meditada, de la palabra escrita para

ser dicha, para ser, tal vez mejor y por así decir, *cantada*. ... Literatura y poesía en suma: literatura y poesía del mar ... y de la mar.

El mar y la mar influyen en el artista y le inspiran con fuerte viento y penetrante espíritu. Influyen e inspiran al hombre, pero inundan con su benéfico y fértil soplo al artista, al hombre que se deja penetrar de su influjo y recibe ansioso y consciente su inspiración profunda. Ese recibir decidido en el alma artista el dardo benéfico de la inspiración marina no se da empero en todo caso; no se da en todo artista, ya que para que el mar influyente e inspirante alcance al alma inclinada al arte en cualquier aspecto ha de ver franca su náutica derrota hacia el alma del artista mediante la adecuada *disposición* —en este caso es siempre *predisposición*— hacia la recepción de lo espiritual que impulsa influencia e inspiración. ... Tal “disposición” es reflejo del latir de la *mentalidad*, aquel efecto de la influencia del alma del mar sobre el hombre genérico de pueblos y naciones. Porque el artista es, al fin y al cabo, uno de los tantos que “viven” y “hacen” en sus pueblos movidos en lo espiritual por aquél influyente impulso anímico. ... La inspiración del mar hacia el artista encuentra eco fértil en los espíritus de mentalidad marítima, acorde esta mentalidad, claro es, con la condición marítima también de la comunidad en la que vive y en la que su arte expresa su sentir hundido.

Música ... pintura ... literatura y poesía del mar ... y de la mar. Diríase que en la música y en la pintura que pueden con cierta propiedad exhibir el adje-

tivo de *marina* por influir en esas expresiones artísticas el mar eterno con su alma y con su cuerpo, lo marino en sí queda al fondo de lo artístico con insinuaciones relativamente débiles, leves en intensidad, de su influencia y de su inspiración, de forma que quien oye la música o contempla el cuadro o la escultura se goza en ellos, en la obra de arte, sin verse impresionado con claridad e intensa fuerza por el mar o por la mar vivos y activos. El artista titula su obra con referencia nominal al mar, sí, pero no por ello *está* presente el mar en lo artístico sensible en relevante plano. ... No acontece lo mismo con la literatura del mar, con la prosa del mar o la poesía marina; diríase que en esa expresión del arte se da con claridad una nueva inversión copernicana: en la literatura y en la poesía del mar son el mar y la mar los protagonistas de candilejas. Todo lo demás retrocede ante quien *contempla* la obra artística escrita, ante quien la lee en sí mismo —que siente en el fondo de su alma e incluso a veces en su propia entraña visceral, la marina realidad sensible— o la oye dicha por rapsodas o bardos que sienten el mar y saben de él. ... En primer plano queda siempre la mar: viva con fuerza a impulsos de su alma, de la del mar, con exactitud mejor, de esa alma invisible pero activa con eminencia sobre el hombre, sobre el artista, sobre el hombre de letras; sensible y tangible casi, con el vigor y el radiante u oscuro fenómeno de su cuerpo variado y cambiante, cuerpo que habla al literato del mar y al poeta marino con los murmullos o estridencias del viento sobre jarcias y arboladuras, con las formas airosas o amenazantes de las olas, con los brillantes azules y blancos de la mar

alterada o con las negruras de la umbrosidad amenazante que impiden que el sol altanero bese a la mar tranquila y en calma.

Por eso convendría al mar —y a la mar también— en el fecundo ejercicio de su influencia e inspiración con el hombre, con el literato y el poeta de la mar, con el novelista o dramaturgo y con el juglar marinero o el escritor y recitador de poemas marinos, el calificativo de *egoísta*, aunque, claro es, contemplado en la acepción desprovista del matiz peyorativo que en lo normal encierra en sí y lleva consigo. El mar es, o parece ser más bien, “egoísta” en la obra que inspira al hombre —en especial en la obra escrita, en la obra de arte que se expresa a sí misma mediante la palabra— porque su personalidad en el juego influencia-inspiración es abrumadora en protagonismo comparada con la de otros actores de la literatura del mar, sean éstos el hombre mismo —real o ficticio en la novela o en la poesía— o el barco vivo y “personal” también, u otras varias circunstancias que se mueven en torno de la obra de mar. ... Su egoísmo, empero, es benévolo y no impositivo, ya que aunque mantiene al mar en plano privilegiado de la escena, refuerza el valor de cuantos otros *personajes* de la obra literaria se proyectan sobre él o, sencillamente, se expresan a su través. Esos personajes llevan en sí densa dosis de efecto productor de la obra literaria porque contribuyen a la benéfica acción del mar mismo —de la mar, con más dedicación acaso, en la novela— mediante una complementariedad decidida y trascendente, y con frecuencia ignorada por ellos mismos aunque pulsante con brío y permanencia

grandes. Y son esos “personajes” así porque, con tal efectiva incidencia, son en realidad activos y decisivos *factores* que *hacen* lo que entendemos por *vida en la mar*, vida ésta que se caracteriza a sí misma con pujanza grande precisamente por su vivífica reacción al impulso influyente-inspirante del espíritu del mar, y vida también que encierra en sí un intenso atractivo para el hombre —en especial acaso para el que se expresa a sí mismo y expresa el sentir de sus conacionales mediante la letra y el soñar escrito— por lo que de imponente para el alma humana abriga en sí. ... Esto que se quiere entender aquí y ahora por “*vida en la mar*” es el resorte complejo que provoca en el alma humana vibrantes sentimientos de asombro y entusiasmo, de emoción y de ansia de desvelar secretos, de respeto y de temor, de amor intuído hacia algo que tan sólo se insinúa con velación tupida de su ser. El hombre con vocación oculta y misteriosa de vivir así, de ser de esa vida, siente por ella deseos profundos de vivirla y frenos potentes para de ella no huir. La verdad es que ese hombre tiende a ella, a esa vida peculiar y misteriosa en tanto que influye en el hombre aislado y que inspira a la vez al artista del mar, especialmente al novelista y al poeta de la mar. ... Esa *vida en la mar* es, al fin y al cabo, el producto activo y con fuerza palpitante de aquellos “factores” que la hacen desde el principio casi de los tiempos y que la siguen haciendo con el avanzar cronológico y el perfeccionar de la técnica del hombre y de la evolución de sus costumbres. Entre esos factores destacan, a la vista que ofrece la perspectiva de nuestros días, los temporales y las calmas; los cielos tranquilos o estridentes en sonido y

destellantes de luces impresionantes; los barcos de remo, de vela, de vapor; las islas desiertas o enigmáticas por su población de fantasmas de leyenda; los piratas y aventureros de la mar; los combates marinos con hundida hermandad entre enemigos en la mar; los monstruos marinos y las sirenas; los buques fantasma; los dioses ocultos del inmenso y arcano mar. ... Esos factores, con diversidad peculiar y llamativa, andan desde siempre —“navegan”, debería decir— en el seno del misterio y a impulsos de los vientos del azar y del futuro ignoto e impredecible, rodeados de oscuridades atractivas y de incógnitas sugirientes de ansias verdaderas de vivir esa peculiar vida *en* la mar.

Todo eso; los factores agentes genuinos de la vida en la mar en sí misma íntegramente pero en especial en los insinuantes marcos del arte en general y de modo peculiar del arte escrito, en el arte literario, produce un eco potente y armónico de fuerza y de belleza insoslayables en la literatura y en la poesía. Esos factores hacen por eso de forma singular lo que entendemos por literatura y poesía de la mar. ... De ahí que la literatura y la poesía de la mar exhiban ante el hombre y desde la escena artística de las letras una distinta *personalidad* frente a la literatura y la poesía referidas a otros temas que grandes e interesantes en grado sumo puedan ser en sí. ...

La “personalidad” peculiar de las letras del mar destaca entre otras desde el principio del tiempo literario —Grecia para nosotros, quizás—, y se va matizando con trazos perfilantes y contrastantes en colo-

rido y claroscuridad con lo que la historia —en su fase de vida del hombre agente en todo: política, religión, arte— va dejando en su navegar constante. Las letras de la mar se vigorizan en la novela y en la comedia, en la poesía y en el drama, con el andar del tiempo —salvando y dejando a un lado horas oscuras y momentos históricos silenciosos— hasta nuestros días, con una cresta alta y dominante cubriente brillante de los siglos dieciocho y diecinueve. ...

Quede como broche de lo dicho con lo antecedente que, porque el mar y la mar son lo que son y porque el hombre es lo que es, resultan ser inmensas, vigorosas y eficaces la influencia y la inspiración del mar hacia el propio hombre.

* * *

LITERATURA ... POESÍA ... MAR

La literatura del mar empezó a ser con el empezar también a ser del mar mismo, al menos a serlo “en potencia”, como los aristotélicos dirían; empezó a ser “en acto” con el empezar a escribir el hombre, claro es, que viviera bajo el cercano influjo del mar y que recibiera, consciente o inconscientemente, su inspiración amplia y profunda. Esa literatura incipiente ha debido de perderse, mas nos quedan aún memorias y recuerdos de ellas en literaturas del mar algo más recientes pero palpitantes aún desde el primer clasicismo histórico. ... El mar que inspira a los primeros escritores

del mar —más del mar que de la mar por obvias razones— es profundamente misterioso para el hombre, por más que sus olas de orilla le resulten tangibles e ignore sólo lo suyo, lo del mar imponente, allende el horizonte. Tal vez el hombre escribiera sobre el mar antes de navegar; y si se hizo a la mar antes de descubrir la escritura, “escribió” *in mente* lo que el mar le sugería. Cuando aprendió con suficiencia a navegar y conoció a *la mar*, escribió con mejor conocimiento de causa y de origen. ... De todas formas, la literatura del mar late en el *mito*. Todo pueblo tuvo su mitología. Los pueblos de esta hora, las civilizaciones de hoy —que también tienen en sí algo que se antojará ser mito o decir mitológico a las generaciones que estudien eso dentro de dos o tres mil años— recurren con relativa frecuencia al mito ancestral para perfilar en ciertos órdenes su propia vida. Sin duda miran a lo mítico propio e incluso a lo fundante de otras civilizaciones para hacer su literatura, en especial la literatura del mar. ... Porque, en efecto, el mar está en el mito; también está, claro es, en la “realidad”, como contraposición ésta de tal vez pobre definición frente a lo mítico en sí, porque está en la vida desde siempre.

En la literatura del mito destaca con claros brillos el papel del mar. Por lo pronto, en el mito pelágico de la Creación, tan paralelo en mucho con la Creación genesiaca. Según el mito griego Eurínome, diosa de todas las cosas, surgió desnuda del Caos y no halló nada sustancial en donde apoyar sus pies. En vista de eso separó la mar del cielo y danzó sola sobre las ondas azules de la inmensa masa líquida. Danzó hacia el sur



y dio lugar tras de sí, como aérea estela, a algo nuevo y distinto, algo con lo que proceder a crear. Ese algo resultó ser el viento. Girando sobre sí misma tomó la diosa el viento entre sus manos y, frotándolas suavemente en mágico movimiento, creó a Ofión, la gran serpiente, vitalizando así al viento del Norte, llamado Boreas, por otro nombre. Más tarde, de Eurínome y Ofión, es decir, del viento y de la diosa que danzó sobre el mar, nacieron todas las cosas que existen: el sol, la luna, las estrellas, las plantas y la tierra, con sus ríos, sus montes y sus criaturas vivientes. ... Y Homero nos cuenta siempre que todos los dioses y todas las criaturas vivientes tuvieron su origen en la gran corriente del Océano que abraza al mundo, y que Tetis fue la madre de todos sus hijos. Pero dicen en cambio los Órficos que al cortejar el Viento a la Noche de negras alas —diosa a la que el mismo Zeus miraba con terror—, depositó ésta un óvulo de plata en las entrañas de la Oscuridad. Eros surgió del argentino esferoide y puso en activo movimiento al Universo iniciando la Creación. ... El mar y el viento figuran ostensiblemente en los mitos creatorios. Hay una ola azul brillante empenachada de blanca cresta de la que surge radiante una diosa. Es Afrodita, que nace desnuda de la espuma del mar, encantadora repetición mítica del nacimiento de la diosa de grandes poderes que surgió del Caos y bailó sobre el mar; divinidad religiosa adorada por doquier en la antigüedad con el nombre de Istar o Astarté en Siria y Palestina. Viajando en la suave concavidad de una concha de peregrino llega a la isla de Cytera —la actual Cérigo— pero, encontrándola pequeña, sigue al cercano Pelo-

poneso y acaba fijando su divinal residencia en la relativamente alejada Chipre. Espuma, mar, concha, periplo, islas de encanto ...; he aquí lo que pudiera denominarse, en evidente anacronismo, la iniciación del historial de Afrodita en sus contactos con el mundo. Hoja de servicios marineros que ha de completarse, empero, con los amoríos e infidelidades que tan famosa la han hecho entre dioses y mortales. Hasta Poseidón se enamoró de ella al verla. Poseidón, hijo de Cronos, confabulado con sus hermanos Zeus y Hades para deponer a su padre, otra zona azul con fuerza del tapiz que sobrevuela la mente contemplativa del mito marino. ... Poseidón, Zeus y Hades se repartieron el cielo, el mar y los infiernos, tras deponer a su padre. Dejando la tierra como bien común para los tres, Zeus obtuvo el cielo, Hades las profundidades, y Poseidón el mar. ... Todo esto, y más que llenaría esto hasta el rebose, es de sobra sabido, pero tal vez no haya sobrado el recuerdo. ... Lo traído a la memoria es suficiente: la literatura del mito sabe a mar y a sal marinera; también encierra extenso y profundo saber del mar.

Y luego están ahí y seguirán siempre estando la *Odisea*, la mítica o real Atlántida, los cantos griegos al mar, al ponto, y muchos más decires escritos helénicos en los que el mar, tras influir en todos, inspira al mítico poeta, al narrador, al filósofo. ... La *Odisea* respira mar continuamente; está de él pletórica; es magnífica y divina partitura en la que el mar armoniza el imprescindible contrapunto de héroes y dioses. Lo homérico impulsaba al griego al mar y a la mar,

a esos mares *que las aves no recorren en un año; tan amplio es y tan temible*. Homero, el griego artista del mar, contrasta de forma contundente —como chocan siempre mentalidades opuestas— con Hesíodo, el griego de Beocia, granjero de enraizada tenacidad hacia su tierra dura. Hesíodo es hombre de campo y, como tal, avezado a predicciones de calendario y a adelantar el consejo sin mediar demanda. No es griego de mar y sin embargo avisa y previene contra él: «*Ve a la mar —dice— si te ves obligado a ello, pero hazlo sólo desde junio hasta septiembre, e incluso entonces serás un loco*». ... ¿Debe deducirse de ello que resulta arriesgado concebir el carácter del pueblo griego en general, frente al mar, de la forma en que se exprese uno de sus artistas, aunque sea, si se quiere, de ellos uno de los más representativos? Pudiera ser, si se dispusiera únicamente de estas dos muestras desplegadas; pero para justificar la lección de lo homérico ahí queda, expuesta con matices definidos y luces meridianas, la subsiguiente historia griega, historia jalonada de navales campañas, de náuticos periplos y de emporios de riqueza ultramarinos, hazañas todas conseguidas por hombres lanzados a la mar luego de romper con los lazos cómodos que preconizan los consejos hesiodinos.

En el otro extremo del acervo literario de Occidente, muy cerca ya de lo nuestro —por no decir entre lo nuestro mismo— se amontona una nueva literatura poética en la que pueden apreciarse raíces de común naturaleza con las heroicas leyendas griegas. Son ahora pueblos atlánticos los que, respondiendo al estímulo que el mar provoca, dedícanle su arte escrito. Añaden

a la forma expresiva del poema sus frutos literarios en forma de teatro, de novela —género, al parecer, incógnito para el heleno— y de poesía pura. El hecho de dar este ingente brinco imaginativo no debe en modo alguno interpretarse como forzada maniobra para salvar una abismal solución de continuidad, que a poco que se piense se apreciará inexistente, sino como deseo intencionado de clavar dos profundas estacas extremas que permitan tender entre ellas un improvisado andarivel para, llevados de su vuelo, recorrer con ligereza el extenso panorama artístico literario nacido del atractivo, de la influencia y de la inspiración del mar. ... Porque junto a la ingente e impresionante *Odisea* están a la vista, en pálido reflejo, las crónicas de periplos, las hazañas de los argonautas y los relatos de Hannon, dignos éstos de destacar por el simple hecho de ser uno de los primeros en que se cuentan las andanzas del hombre por el tremebundo océano. Allá se ve el jalón plantado por Virgilio en su *Eneida*, profusa en descripciones marineras y atrayentes aventuras, y el aromático ramillete de las elegías de Ovidio con la ingenua alusión a la ola décima, la de los más temibles efectos. ... Y pasamos ya por cima de los relatos medievales, muchos, variados y desprovistos en general de verdadero valor artístico, pero llenos en cambio de encanto y candor por la forma en que, jugando con islas misteriosas y monstruos horribles, se expresan la angustia y la incertidumbre constantes del hombre del medievo ante la perentoria necesidad de medir sus fuerzas con la mar, tanto por el brusco empujón que le empieza a dar la crisis vital de la época para que cuente con el mar —para que empiece a con-

tar con él—, con el océano ya, como por la intuición que siente de que en su echarse a la mar hay una nueva forma de vivir. ... Ya hablan y escriben los hombres del Atlántico en la medida que lo conocen o lo suponen. Surgen las leyendas escandinavas, las sagas que cuentan las casi increíbles aventuras de hombres rubios en barcos afilados, cuyo fin, sin embargo, no estaba en la mar como el de los verdaderos marinos, sino en la costa inmóvil abundante de rico botín. ... Ya aparece en este raudo recorrer el momento maravilloso que canta a los “íncritos varones que desde las playas lusitanas y atravesando mares jamás surcados, llegaron hasta más allá de Trapobana”, extraordinario poema en el que el mar tiene papel excelente: *Os Lusíadas*. ...

Pero la literatura del mar —novela incipiente ya, y poesía— se convirtió decidida y definitivamente en *oceánica* con la hazaña española del Descubrimiento. El océano, los océanos, se abrieron ante el hombre europeo marcando su influencia en mentes y en almas e inspirando al tiempo a artistas y letrados. Todo ese pulsar anímico llegó al pueblo a impulsos del mar recién adivinado y descubierto, a briosos golpes animados de ilusión de la mar nueva. Todo eso no es sino reacción histórica natural ante la aparición de un fenómeno nuevo. Ante toda novedad verdadera de alcance mundial y con incidencia hundida y de verticalidad señalada sobre la vida del hombre, sobre su momentáneo hacer con esa vida la historia, la expresión humana —arte, pensamiento, ciencia— se conmueve y busca derrotas eficaces para que trascienda del mejor modo su apreciación de lo nuevo y la idea resultante de ella.

Las tierras nuevas y los nuevos mares excitan la imaginación y orientan las inteligencias. De un lado se fomenta lo material preciso para afrontar lo nuevo —navegación, cartografía ...— y de otro *se habla* de todo eso, de lo nuevo, de lo oceánico, de los mundos aparecidos, de sus hombres, tan distintos éstos de los que fomentan y hablan. ... Lógicamente es España la que primero *habla* de todo eso. Habla, en mucho, escribiendo. La escritura, esa escritura —natural es también— adopta formas adecuadas al momento: noticias escritas, informes, relaciones. ... La novela, la poesía, tardarán en surgir un tiempo aún. España habla con su decir escrito; el resto de Europa oye. Escuchan principalmente y con agudo oído histórico y sobre todo oportunista, Francia primero acaso, pero de inmediato y con intensidad mayor en todo, Inglaterra. ...

De ese *hacer* oceánico de España y del imitar lo español el europeo, nació, empezó a ser lo que acabó con el tiempo llamándose *colonialismo*. Denostado hoy por acaso defectuosa interpretación histórica, cabe parar mientes en el fenómeno colonial porque con el tiempo también resultó ser origen —más o menos cercano y tampoco exclusivamente único— de la novelística marinera, y algo también de la poesía del mar, que alcanzaron sus más altas cimas entre los siglos dieciocho y veinte. ... Porque las colonias de ese amplio momento histórico son *función del mar*, producto del mar océano, resultado y consecuencia de la entrada en la vida europea del Atlántico y del Pacífico en cuanto mares de absoluta realidad, algo ya fuera del mito y de la leyenda. ... Colonialismo, colonias, no es ahora

esclavitud u opresión de lo humano —como se quiere entender y obligar a comprender a la gente de un tiempo a esta parte—, forma oportuna de vivir y espacios de vida —utopías en algo— a los que hay que llegar navegando, viviendo en la mar mientras se navega, estando en la mar para alcanzar la tierra nueva, atractiva y misteriosa en tanto. ... Todo eso; todo lo de “más allá”; todo lo de *ultramar*, es función del mar, es resultado del hacer vivífico e histórico del mar, *es* —por necesidad lógica de filosofía histórica, si se permite la exageración redundante— algo que no es otra cosa sino ... *mar*.

Lo que acontece en la historia; lo que acontece con marcada trascendencia, se expresa a sí mismo con decir normalmente enigmático y misterioso, pero esa expresión requiere ser comprendida, bien interpretada, claramente entendida. Lo “nuevo” con lo que ahora se juega muestra a quien bien quisiera ver al cabo de estos siglos, que no fue comprendido, bien entendido en su difícil complejidad tal vez, por todos o casi todos aquellos que lo contemplaron por el hecho de sentirse necesariamente influidos por tal acontecer. El que la colonia; lo que queda allende el océano; lo que aparentemente y con tangibilidad sensual indiscutible está al otro extremo de la azarosa navegación; el que eso, más que tierra, colonia, imperio después de cierto tiempo, sea antes que otra cosa *mar*, no lo han entendido en suficiencia todos los pueblos de la historia enfrentados con tan peculiar fenómeno. ... España no lo comprendió bien; en realidad, no lo comprendió, acaso porque no lo comprendieron los Austrias al obsesionar-

se —por razones justas acaso para ellos mismos— con la política continental europea. Las colonias, el mundo ultramarino nuevo, no llegaron a ser *mar* para Carlos I y sus sucesores; fueron aquéllos tan sólo filón de riqueza material para su política dinástica continental. El mar, el océano concretamente, fue claramente vía para el tránsito de esa riqueza y no ámbito de *estar* “necesario” para lograr la realidad de esa riqueza y para aprovecharla luego. Para España, la mar, los océanos en general, fueron *medio* para lograr fuerza material, y no fue *fin* en sí, u objetivo, cuyo logro se persigue con fuerza adecuada y con mentalidad conveniente y acertada para dominarlo y permanecer en él impidiendo eso mismo a los demás que lógicamente lo intentaron llevados de codicia históricamente justificada. ... Inglaterra, por el contrario, entendió bien el mar en su papel histórico y la mar en su hacer decidido en estrategia. Por eso se decidió a *estar* en la mar: primero para disputar a España su riqueza ultramarina —que al transitar era “marina” circunstancialmente—, y más adelante, con el tiempo de un par de siglos, para sostener sus colonias, su imperio colonial —para utilizar el nombre que ellos mismos, los ingleses, le dieron con afán de grandeza— y para debidamente explotarlas. ... España no comprendió el mar en cuanto fin —ni la mar en cuanto ámbito para estar en él con actividad histórica creadora y conservadora al tiempo— y no supo más que utilizarlo como medio, aunque es preciso reconocer que lo hizo bien a juzgar por el largo tiempo que se mantuvo en lo oceánico. ... Inglaterra sí comprendió la realidad del mar, de los océanos, en su función de objetivo, de meta, de fin

indudable e insoslayable —y no tan sólo de medio— en política y en estrategia, es decir, en *comercio*, ... que son armas decisivas para el vivir de los pueblos y para hacer éstos historia.

Y todo ese ver el mar así y comprenderlo del modo que sea se refleja en la exteriorización del alma y del ser de las naciones que se aprecia al través de la literatura del mar, literatura marina que, en su forma popular, es novela y poesía. ... El siglo diecinueve podría adjetivarse con propiedad adecuada como el de las *letras del mar*. Ya antes, sin duda, hubo literatura del mar —algo de novela y cierta poesía— pero fue, tras la Revolución de finales del dieciocho, cuando el mar se asienta en Europa y en el mundo como decisivo artificio estratégico y político para mantener el *status quo* que en 1815 estableció la victoria de Inglaterra sobre Francia y que cimentó decididamente su imperio, y para consolidar una paz mundial —aunque en algunos rincones del mundo siguiera la guerra siendo— que duró prácticamente un siglo. ... Y en el siglo diecinueve se escribe de mar: novela y poesía. Ambas se inspiran en lo que el mar ofrece, desde un par de siglos antes, como atractivo al espíritu humano, al ansia europea de ser en lo espiritual, y como respuesta sencilla y lógica a su incipiente tendencia romántica. Es la influencia inspirante del mar lejanísimo, del mar colonial, del mar del comercio insólito ahora, del mar de los piratas, del mar heroico de las guerras de ayer, lo que impulsa a la novela y a la poesía marinas y marineras hacia sus altas cotas. ... Y en el siglo diecinueve se escribe románticamente sobre el mar; se hace puro

romanticismo con el mar. Y el mar, que en la novela y en la poesía es estrella de magnitud destacada, se refleja también en otros aspectos del arte relacionados con intensidad clara con la literatura y la poesía, ya que “inunda” en mucho, por así decir, la escena dramática, la música sinfónica, la ópera. ... La novela sobre todo, adquiere dimensiones amplias en todo sentido a lo largo del interesante diecinueve. Es novela marinera, esa; novela del mar que expresa con veracidad necesaria para la historia del momento —para el vivir del hombre— lo que el mar es para la vida del hombre mismo y lo que ese hombre es, con su hacer, para la vida del mar. Por eso es la novelística marinera del siglo de la *Pax Britannica* la expresión narrativa de lo marinero; de la aventura en la mar que se encierra en el mar mismo; de las islas inhabitadas y misteriosas; de los azares de los emigrantes al mundo colonial; de los azares también del comercio marítimo; de la naturalidad de la piratería, con su insoslayable toque de aventura y de romántico delito; del vivir en la mar primero para después llegar a otros mundos; del amar romántico en la mar para seguir amando algo más prosaicamente ya en tierra. ... Y en todo ello hay mucho de mito. ...

Mas, descendiendo de esas alturas indefinidas y algo acogedoras de lo mítico y de lo romántico a lo delineado por la identidad de las cosas, de esas cosas en concreto que hacen la novela y la poesía del mar —la literatura del mar—, no es difícil apreciar que la entidad esencial y valiosa de esa literatura varía con el ser y con el vivir histórico de quien lo escribe, de

forma que tales ser y vivir se reflejan en lo literario del mar con rayos tanto más vigorosos y triunfantes cuanto mejor y más marineros son aquel ser y aquel vivir de los hombres que escriben y de los pueblos que acogen y critican lo novelado y lo narrado en verso sobre el mar y su compleja y extensa circunstancia de realidad y mito, de romanticismo y vida prosaica natural, de la rudeza y de la calma, de la sonrisa y de la muerte, del odio y del amor ... Porque todo eso ofrece el mar a quien le mira y también la mar a quien en ella se adentra para en ella estar.

Europa, en su amplitud general, es marinera; lo es francamente desde el Descubrimiento. Sin embargo, no son de ella decididamente marineras —marítimas de alma y de mente si se quiere— más que algunas de sus flamantes naciones, y no precisamente aquéllas de marcada marítima condición. Inglaterra, insular sin ambages y eminentemente marítima de condición por tanto, destaca holgada y clarísimamente sobre las demás naciones de Europa en su comprensión y entendimiento del mar, en la admisión de su influencia y en la recepción de lo que el mar espiritualmente inspira. Esa altura se refleja en la expresión que lanzan a los vientos la literatura y la poesía inglesas en general y particularmente en su novela del siglo diecinueve. Desde entonces lee el mundo —Europa ante todo— el mar en libros ingleses, en novela inglesa, en poesía de las británicas islas. Lo curioso parece ser en ese marco que los pueblos que no sienten el mar como Inglaterra y los ingleses lo hacen, se entusiasman con el decir escrito en inglés sobre el mar y la mar, sobre

la vida en la mar del hombre y de los pueblos que en ella viven y que viven de ella. ... Francia, menos marítima de condición que Inglaterra y también que España, se da algo a la aventura novelística del mar y de la mar en el siglo diecinueve, pero no cala muy hondo en su expresión de lo marinero. Lo francés de ese orden parece un eco no muy fuerte de lo inglés. Diríase que lo inglés "está de moda" en cuanto se refiere al mar en novela y en poesía, por lo que Francia copia lo que de moda está; Francia, es claro, y otras. ... España también. Pero la producción en habla hispana de literatura del mar es escasa —escasísima, si hubiera de darse la comparación basada en condición marinera de las naciones o pueblos cotejados—, y lo es tanto en absoluto como en relativo. La novela española del mar palpita con lentitud incomprensible en primera vista, aunque se aprecien posibles razones de ello si se atiende a la mentalidad de España y a su historia pasada de inmediato. Además, esa novela, cuando intenta pulsar, no trasciende; no llega ni a los propios españoles en realidad. ... ¿Por qué es todo eso así? ¿Por qué fue, más bien, de ese modo desde entonces? ...

Inglaterra *siente* mejor —sintió de mucho tiempo atrás— la influencia del mar en lo suyo, en lo suyo histórico y asimismo en lo suyo artístico, en especial en su derivación a la literatura. Sintiendo genuinamente, en profundidad suficiente e incidencia acertada, la influencia del mar, recibe mejor también su buena inspiración, la inspiración marina, y la consecuencia lógica *produce* mejor que nada y que nadie el fruto de la exteriorización artística de su sentir. Su compren-

sión de lo histórico al mar referente resulta ser acertada por corresponder la mentalidad del pueblo y de sus hombres a la condición de sus tierras. La novela y la poesía del mar y de la mar sobrepasan por eso en Inglaterra a las de otras naciones en calidad y en abundancia. ... Francia no es tan marítima como Inglaterra, pero España sí lo es, y si no se quiere admitir con facilidad lo que para algunos puede ser exagerar la peninsularidad de lo español —o de lo ibérico— considerándola en insularidad completa, dígase que España es *casi* tan marítima como Inglaterra en geografía, aunque no es preciso demostrar que en historia lo ha sido igual e incluso ha podido superarla. ... ¿Por qué es pues tan escasa, tan parva, tan poco destacada y atendida por tanto —igual por los propios españoles que, no hay que decirlo, por la opinión extranjera— la española literatura del mar, su novela y su verso? Yo diría —aunque la necesidad de sintetizar la justificación no pueda hacer meridiana la claridad del argumento— que porque España y los españoles como conjunto histórico responden con mentalidad continental a las imposiciones y exigencias de la condición eminentemente marítima de sus tierras, y no sólo de las antaño dispersas por el mundo sobre mares y océanos en las que no se ponía el sol, sino también en las peninsulares e insulares cercanas que soportan desde hace cien años sólo el vivir nacional e histórico de los españoles. ... Pero este hablar así no acabaría nunca. ...

* * *

CODA

¿Qué dice el mar? ¿Qué ha dicho el mar a España y a los españoles? El mar dice todo a todos, y dice constantemente y ha dicho siempre todo a España. Claro es que el mar, como todo ser vivo que puede dar, tiene sus preferidos entre los posibles recipiendarios de su influjo y de su inspiración. Sus preferencias se dirigen por tanto a los países o naciones —*pueblos* en toda su generalidad— que mejor identidad con el mar presentan en trascendencia telúrica —en geografía, en geoestrategia— al través de la realidad física de su condición. El mar ha hablado siempre, con mejores definición y contenido en su decir, a los pueblos de condición marítima, más románticamente si se quiere, a los pueblos del mar que viven en la mar para él. España ha sido históricamente y es aún y siempre uno de esos pueblos. ... Pero España no ha comprendido bien el decir del mar. Buscando causas de ello y explicándolas, se extendería desmesuradamente la razón, así como se haría interminable la erudición que pretendiera probar con suficiencia la parvedad de la literatura del mar —de la novela y la poesía en concreto, como se ha pretendido esbozar en lo precedente— como efecto de aquel defectuoso —o indiferente, para ser acaso más veraz en el adjetivo— oír y entender españoles del decir del mar. Sin embargo, tal vez no sobre acerca de esa cuestión, para iluminarla en raudo vibrar, la consideración de un relámpago. Es éste uno de los varios que brotan de las numerosas páginas del *Quijote*.

Lo español de las letras es sobre todo tierra firme y continente, entraña terrosa y gleba, sierra y bosque. Lo español es el *Mío Cid* y *El ingenioso hidalgo*, realidad y mito de meseta con áspero corazón de terruño y aroma de romero, literatura y poesía que con rarísimas excepciones llegan a Valencia y a Barcelona, como ambos héroes, y no sólo no responden al encanto del elemento nuevo para ellos —oyen de modo extraño el decir del mar— sino que le vuelven la espalda y tornan a su centripeto vivir. ... En ese marco podríase decir que, en su momento cada uno, Rodrigo Díaz y Alonso Quijano fueron *los* españoles. Uno muerto, para ganar, eso sí, su postrer batalla; el otro vivo, pero derrotado por el de la Blanca Luna. Parece simbólico este retroceder maltrecho de nuestro andante caballero al toparse con el mar. Se asemeja, con asombroso paralelismo, a la reacción de su patria ante parejo trance, pues aunque dichas por don Quijote al salir de Barcelona para su castellano lugar, podrían muy bien haber sido pronunciadas por la matrona hispánica estas tristes y lamentosas palabras si repasara los resultados obtenidos por sus hijos influyentes al enfrentarse en la historia con los problemas que el mar les ha presentado a lo largo de ella y les sigue presentando sin cesar:

“Aquí fue Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se obscurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse”.

Pero la llegada a Barcelona de don Quijote y Sancho; el asomarse por primera y única vez esos típicos

españoles de siempre, a lo marino, refleja con clara luz la reacción de España ante el mar: «Dio lugar la aurora al sol, que un rostro mayor que el de una rodela por el más bajo horizonte poco a poco se iba levantando. Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto. Vieron las galeras ... () ... El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían.» ... Sí; el mar, la mar sobre todo, ha sido siempre algo raro para el español histórico. La impresión de su conocimiento es de interés, porque es marcada y en cierto modo atractiva, pero ... no es de modo alguno perdurable. En el hondón de su alma continental parece ganar intensidad el profundo pensar que se reduce a estas palabras: "Sí, el mar está bien, pero volvamos a la meseta" ... Y en la meseta se ha asentado el español con tranquilidad para seguir en ella ... soñando.

Mas hay algo de otro corte; de entidad y de expresión casi radicalmente contrarias a las del precedente recuerdo, que viene en parte a probar que no es tan escaso el valor poético de lo español ante el mar y que tiene además vigor intrínseco suficiente como para excitar el ansia de imitación en mentes verdaderamente marineras y expertas en la literatura del mar, de la poesía de la mar concretamente. ... Aquel algo no es

otra cosa —joya medieval eterna— que el Romance del Conde Arnaldos. Sus versos clave a esta sazón son aquéllos de que la galera

«Las velas traía de seda, la ejercía de un cendal,
marinero que la manda diciendo viene un cantar
que la mar facía en calma, los vientos hace amainar,
los peces que andan n'el hondo arriba los hace andar,
las aves que andan volando en el mástil las face posar.

Allí fabló el conde Arnaldos, bien oiréis lo que dirá:
“Por Dios te ruego, marinero, dígasme ora ese cantar”.
Respondióle el marinero, tal respuesta le fue a dar:
“Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va”».

Otra versión dice:

«... vido venir un navío sobre aguas de la mar:
las velas trae de oro, las cuerdas de oro torsal,
y el mástil del navío era de un fino nogal.
Marineros que le guían disiendo van un cantar:
“Galera, la mi galera, Dios te me huarde del mal,
de los terminós del mundo, de aires malos de la mar,
de la punta de Carnero, del estrecho de Gibraltar,
de navíos de don Carlos, que son fuertes de pasar.”
“Por tu vida, el marinero, tú volvás ese cantar.”
“Quien mi cantar quiere oír, a mi galera ha de entrar.”»

La *clave* del romance, para mí al menos, se oculta enigmáticamente, primero, en la canción del hombre de mar: misteriosa, encantadora, milagrosa, ... y, después, en el decir de ese hombre, del *marinero*, al responder a la demanda del conde de que le diga *ora ese cantar* o que *tú volvás ese cantar*, respuesta que implica que la solución del misterio que la canción encierra estriba en *Yo no digo esta canción sino a quien con-*

migo va o quien mi cantar quiere oir, a mi galera ha de entrar. ... En resumen: para conocer el mar, su ser, su esencia, su misterio, hay que *estar en la mar*.

Un poeta del siglo pasado, inglés de ascendencia y estadounidense de nacimiento —Henry Wadsworth Longfellow— debió de estremecerse en su hora ante el sentido del viejo romance español, o mejor castellano o acaso catalán, ya que expresó así aquella clave:

«Telling how the Count Arnaldos,
with his hawk upon his hand,
saw a fair and stately galley,
steering onward to the land;
How he heard the ancient helmsman
chant a song so wild and clear,
that the sailing sea-bird slowly
poised upon the mast to hear,
Till his soul was full of longing,
and he cried, with impulse strong,
“Helmsman! for the love of heaven,
teach me, too, that wondrous song!”
“Wouldst thou”, so the helmsman answered,
“learn the secret of the sea?
Only those who brave its dangers
comprehend its mystery!”»

El poeta subraya lo característicamente arcano del mar y, tal vez sobre éste, de la mar. Habla de su *secreto* y de su *misterio*, cosa que no pueden llegar a desvelar más que aquellos que desafían con valentía sus peligros; aquellos que con vocación y convicción verídicas, ... *están en la mar*.

— * —

—
*
—

Todo esto ha sido —ha pretendido ser— un canto al mar, fruto de la admiración que su efectivo y trascendente vivir, su alma y su cuerpo, provocan en el hombre como respuesta agradecida a lo que su influencia y su inspiración le benefician en sus proyecciones de espíritu que se concretan en el arte, en la literatura, en la novela especialmente, y en la poesía. Todo esto ha pretendido ser eso en español, hacia España, por España siempre. ... Pero España, en su vida histórica de ayer y de hoy, no parece haber reflejado en ese canto mío una clara y decidida convicción del bien que el mar le ha hecho en la historia y le hace en su vida de cada momento ni del fértil e inmenso beneficio que le habría concedido si España hubiera oído debidamente la voz del mar y la hubiera asimismo comprendido. ... Por eso brota la esperanza de que nunca sea tarde para animar a España y a los españoles al mar, a la mar, y a despertar en sus hombres de letras a escribir del mar para lección prometedora de los españoles. Tal ánimo puede llegarle a España como deseaba nuestro Maragall que se le hablara a Castilla. España es ahora Castilla o Castella, mejor ... ¿Dónde estuvo y está Castilla? ¿Dónde y cómo está España como Castilla lo estaba?:

Sola, sola en mig dels camps,
terra endins, ampla es Castella.
I està trista, que sols ella
no pot veure els mars llunyans.
Parleu-li del mar, germans!

¡Hablad del mar a España! ¡Habladle del mar a ella los que sabeis de mar y de letras! ... Si ese hablar

a España del mar resulta estar modulado por el saber del mar y de las letras, por la mentalidad también certera y acorde con su condición y por el amor que todo el que hable a España siente en el hondón de su alma, se decidirá España acaso a navegar siempre y a estar en la mar constantemente en infinitas singladuras ... como sugirió otro eterno poeta catalán:

... amb el front cap el gran ayre,
sempre, sempre, mar endins.



CONFEDERACION

DEL EXCMO. SA.

D. PEDRO LAIS ENTRALGO

MINISTERIO DEL ALMIRANTE
PEDRO ALVAREZ ARENAS

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SR.

D. PEDRO LAÍN ENTRALGO

Como ya he tenido el honor de decir en la bienvenida en esta Casa al Almirante Pedro Álvarez Arenas, tal sentimiento tiene su origen en el recuerdo de mi infancia, para establecer relación directa con su persona, he tomado cuerpo con el conocimiento de su obra impresa y ha cobrado calidad y consistencia definitiva con la lectura del discurso que en extracto acabamos de leer. La persona del Almirante, su obra impresa y el discurso leído merecen discursos. Simultáneamente tales van a ser las letras del año.

Nuestro nuevo compañero nació el año 1903 en Ceuta, donde se pasó toda su infancia; y tempranamente movido por una fuerte vocación de hombre de mar, no cumplidos los dieciocho años ingresó en la Escuela Naval, de la que en 1925 salió como Alférez



CONTRATACION
del Escriba de
D. PEDRO LAÍN ENTRALGO

RECEPCIÓN DEL ALMIRANTE

ELISEO ÁLVAREZ-ARENAS

Señores académicos:

CON viva satisfacción cumplo el encargo de dar la bienvenida en esta Casa al Almirante Eliseo Álvarez-Arenas. Tal sentimiento tiene su origen en el recuerdo de mi somera, pero gratísima relación directa con su persona, ha tomado cuerpo con el conocimiento de su obra impresa y ha cobrado calidad y consistencia definitivas con la lectura del discurso que en extracto acabamos de oír. La persona del Almirante, su obra impresa y el contenido de este discurso. Sucesivamente, tales van a ser los temas del mío.

Nuestro nuevo compañero nació el año 1923 en Ceuta, donde su padre tenía mando militar; y tempranamente movido por una firme vocación de hombre de mar, no cumplidos los dieciocho años ingresó en la Escuela Naval, de la que en 1945 salió como Alférez



de Navío. Desde entonces hasta su retiro, cuando era Almirante Jefe de la Zona Marítima del Cantábrico, su carrera de marino de guerra no ha podido ser más brillante. Fehacientemente lo acreditan, junto a sus numerosas condecoraciones españolas y extranjeras, los varios cursos de perfeccionamiento a que asistió en los más prestigiosos centros navales de los Estados Unidos, el Harbor Defence Course, el Net Defence Course y el Naval Command Course.

Esto sería suficiente para que el Almirante Álvarez-Arenas ocupase un lugar relevante en el cuadro de honor de nuestros marinos de guerra. Pero además de ser hombre de mar y miembro ilustre de la Armada Española, nuestro nuevo compañero es hombre de pensamiento y de pluma, marinero que también por vocación ha sabido pensar con rigor y escribir con pulcritud acerca de su oficio; persona idónea, por tanto, para ocupar dignamente un sillón de la Real Academia Española.

Rigurosamente atendida a los temas de su oficio, la obra impresa del Almirante Álvarez-Arenas no fue el resultado de la impaciencia por leer en letras de molde el nombre propio. Comenzó en 1969, cuando su autor estaba en la edad que los antiguos llamaban consistente, y sin prisa y sin pausa, desde entonces ha proseguido hasta ayer mismo. He aquí los títulos de sus libros: *El español ante el mar* (1969), *Teoría bélica de España* (1972), *De la guerra y de sus hombres* (1983), *Idea de la guerra* (1984), *Investigaciones estratégicas* (1985), *Del mar en la historia de España* (1987), In-

tegridad táctica de zona (1987), *Haceres de ingenio: política-estrategia-historia* (1992). Añádanse a estos títulos los de no pocos artículos, varios de los cuales fueron distinguidos con los premios "Francisco Moreno", "Roger de Lauria", "Álvaro de Bazán" y "Antonio de Oquendo". Tema constante: el mar, desde dos puntos de vista: el del marino y el del español.

Permitidme que vea la condición genérica de esa serie de volúmenes a la luz de una distinción conceptual que hace años propuse para bien entender un término del que tanto uso se viene haciendo en estos últimos años: el término "humanismo". En tanto que modo de buscar y poseer el saber, no como nombre de la mentalidad tópica en las élites intelectuales del Renacimiento, o como designación de un conocimiento solvente de las lenguas y las culturas clásicas, yo entiendo el humanismo como el hábito mental de referir responsablemente lo que se sabe y se hace, sea la medicina, la física, el derecho o la milicia su particular contenido, tanto a la condición de hombre de quien sabe y hace como a la de quienes constituyen el término real de ese saber y ese hacer. Lo cual conduce a distinguir en el humanismo dos modos cardinales, de bien distinto valor: un humanismo *por extensión* y otro *por intención*. Más ligero y superficial, más *light*, como ahora se dice, el humanismo por extensión consiste en ampliar lo que técnica y profesionalmente se sabe y se hace, medicina o física, derecho o milicia, con nociones más o menos copiosas y precisas procedentes de las disciplinas habitualmente llamadas "humanísticas": la literatura, el arte, la filosofía, la religión, o la historia. Más

profundo y exigente, el cultivador del humanismo por intención procura descubrir por sí mismo cómo su particular saber echa raíces en la realidad del hombre, en tanto que promotora y receptora del tal saber; cómo la medicina —me limitaré al ejemplo de lo que más de cerca me toca— es lo que es y cómo es por el hecho de referirse a la enfermedad y a la curación de los hombres en cuanto hombres.

Una y otra forma del humanismo no se excluyen entre sí, por supuesto; cada una con su valor, una y otra son entre sí complementarias, y bien pronta y claramente lo advertirá el lector atento de Álvarez-Arenas. El mar y la guerra, ambos desde el punto de vista del marino y del español, son sus temas permanentes; antes lo indiqué. Con admirable severidad técnica, intelectual y ética los trata siempre. Pero esto no le impide recurrir a un texto de Platón o de Nietzsche, a una ingeniosidad de Oscar Wilde, a un verso de Antonio Machado y al fragmento de un Salmo, o aludir de pasada a las marinas de Sorolla, para hacer más amena y sugestiva la exposición de su pensamiento; en suma, practicar un humanismo por extensión.

No queda ahí el suyo. En efecto: haciéndose consciente y resueltamente humanismo por intensión, el de Álvarez-Arenas se esfuerza por apoyar su idea del mar y su idea de la guerra en una lúcida y documentada reflexión acerca de lo que el mar y la guerra son en la vida y para la vida del hombre. Reflexión lúcida, porque en todo momento trata de ver y hacer ver con claridad; bastaría, para demostrarlo, un examen atento del juego de dos conceptos —“condición” y “men-

talidad”— que tantas veces da nervio a su pensamiento. Reflexión documentada, a la vez, porque para entender humanamente el hecho de la guerra no se limita a la obvia consideración de Maquiavelo y Clausewitz, y una y otra vez recurre al magisterio de las más ilustres figuras del pensamiento universal: Platón y Aristóteles, Kant y Fichte, Hegel y Bergson, Dilthey y Ortega. No creo que en la visión de la vida humana como fundamento del hecho de la guerra haya en el ancho mundo muchas figuras equiparables a la de nuestro almirante.

Pero de medio a medio se equivocará quien oyendo o leyendo lo que antecede piense que Álvarez-Arenas es un guerrero que ve en la guerra el honor y la culminación de la empresa de ser hombre. No. Él es hombre de paz y, siguiendo a Kant, en el acercamiento a la utopía de una paz perpetua ve el ideal de la convivencia humana. Muy explícitamente lo declaran las últimas palabras de su *Teoría bélica de España*: “La guerra, por muy recóndita que su esencia esté, debe ser constantemente pensada. ... Cuando tras seculares afanes mentales hipotéticamente la guerra llegue a ser sabida, tal vez sea el momento de esperar que el hombre tome la guerra como cosa del pasado y haga de ella un interesante tema de erudición. Mientras esto no ocurra será obligado seguir ocupándose de la guerra”. Con su vida personal y con su obra impresa, el Almirante Álvarez-Arenas es en tierra y mar hombre que quiere paz para sí mismo y para los hombres de buena voluntad, e incluso para los de voluntad menos buena.

El mar y España, los españoles ante el mar. Desde el primero de los libros de nuestro nuevo compañero, esta ha sido una de sus más centrales preocupaciones. En ese primer libro, *El español ante el mar* es su título, el Almirante Álvarez-Arenas denuncia con buenas razones y dolorido sentir el olvido del mar en que tras el día triste de Trafalgar ha caído España. ¡Qué lejos del sentir común de los españoles la gozosa, antibarroca serenidad con que el terrícola Quevedo recordaba el navegar sosegado de los navíos de Carlos V!

*Las selvas hizo navegar, y el viento
el cáñamo en las velas respetaba
mientras, cortés, su anhélito tasaba
con la necesidad del movimiento.*

En explícita y aun entusiasta sintonía con el *Himne ibèric* de Maragall, Álvarez-Arenas copia y hace suya en *El español ante el mar* la estrofa en que el gran poeta pide a los pueblos del contorno marítimo de Iberia que hablen del mar a la triste e interior Castilla:

*Sola, sola en mig dels camps,
terra endins, ampla es Castella.
I està trista, que sols ella
no pot veure els mars llunyans.
¡Parleu-li del mar, germans!*

¡Habladle del mar, hermanos! Y con esta misma estrofa, reforzado el vigor de su ruego con otro verso complementario

—*sempre, sempre mar endins!*—

ha querido cerrar su discurso de ingreso en esta Academia.

Leyéndolo, instantáneamente ha venido a mi memoria el recuerdo de dos reflexiones más, cuando hace tantos años fui exegeta de Maragall: una tocante al contraste entre la entusiasta devoción por el mar que reiteradamente proclama el poeta y la melancólica visión de él que metafóricamente expresan dos grandes de la poesía de tierra adentro, Jorge Manrique y Antonio Machado; otra suscitada por la última estrofa del *Himne ibèric*.

¿Quién no recuerda los más célebres versos de las celebérrimas *Coplas* de aquél? “Nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar / que es el morir ...”. Y entre los lectores reflexivos de Antonio Machado, ¿cuántos no tendrán vivo en su memoria el alejandrino en que el poeta habla a Dios ante el cadáver de Leonor?: “Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar”. La soledad de su doliente corazón la siente Machado ante el mar, ante la muerte de la que era vida de su vida. O los dos versos machadianos en que el lento caminar de la declinante Castilla hacia su extinción histórica —así la veían muchos en los primeros años de este siglo— es comparado a la corriente del Duero hacia su muerte en el mar:

*¿Acaso como tú y por siempre, Duero,
irá corriendo hacia la mar Castilla?*

El mar, metáfora de la muerte para el castellano Jorge Manrique y para el castellanizado Antonio Ma-

chado. En el polo opuesto, el mar, metáfora de la vida, la libertad y la alegría para el catalán Juan Maragall y para el ceutí Eliseo Álvarez-Arenas. Junto a la estrofa del *Himne ibèric* antes transcrita, póngase el gozo exultante con que el gran poeta catalán hace suyo el verso de la *Divina Comedia* en que Dante expresa la emoción de avistar el Paraíso, traspuesta ya la oscura montaña que le separa del Purgatorio:

Connovi il tremolar della marina.

El cabrilleo del mar, símbolo evidente de la alegría de contemplar cara a cara la meta suprema de la vida. Frente a la melancolía de la metáfora tanática del mar oscuro, el gozoso espolazo de la metáfora vital del mar cabrilleante.

Pero Maragall no se conformó pidiendo que sus hermanos ribereños hablasen del mar a Castilla. Después de hacerlo, no vacila en asignar a Castilla un papel decisivo en ese concierto de voces marineras: dotar de armonioso sentido unitario a las voces diversas que desde las riberas cantábricas, de Galicia a Vasconia; las andaluzas, desde las atlánticas de Huelva hasta las mediterráneas de Almería, y las sólo mediterráneas, desde el mar de Palos hasta el mar de Cadagués, le envían las costas de Iberia. Oíd cómo entendía Maragall esa misión de la "tierra adentro":

*En cada platja fa son cant l'onada,
mer terra endins se sent un sol ressò,
que de l'un cap a l'altre a amor convide
i es va tornant un cant de germanor.*

Casi un siglo después de escritos estos versos, yo —el español que tengo más a mano, para decirlo al modo de dos vizcaínos, Antón el de los Cantares y Miguel de Unamuno— inevitablemente me pregunto: las voces que desde el contorno marino de España hablan a la *terra endins*, ¿hacen del mar un símbolo de vida, cultura y alegría compartibles, o no pasan de invocar derechos e intereses particulares? Y desde la “tierra adentro”, más precisamente, desde Madrid, ¿ha sonado una respuesta que, como quería Maragall, se fuese haciendo para todos *cant de germanor*, canto de hermandad? Sólo esto puedo decir: que para mi desazón y mi melancolía, ni esas voces ni esta réplica he oído desde que hace tantos años desperté a la vida histórica de mi patria.

Al hilo de Maragall, puesto que con versos suyos ha terminado su discurso el Almirante Álvarez-Arenas, a su discurso debo retornar.

“Canto al mar”, le llama su autor; y, en efecto, al mar se canta en él con nobles y hondas palabras. Mas no sólo es canto este discurso; es, y acaso en primer término, rendida declaración de amor. Cuando el amor es verdadero, su declaración tiende a ser y es con frecuencia hiperbólica, y lo es en doble forma: la hipérbole circunscriptiva del “todo” y la hipérbole transcronológica del “siempre”. “Mi bien, mi vida, mi corazón”, dicen el amante a la amada y la amada al amante; mas no satisfechos con esa ascendente ponderación de lo que son el uno para el otro, la culminan diciendo “mi... todo”. Todo ahora y todo siempre,

porque nada tiene ser del todo si no tiene ser por siempre. “Siempre seré tuyo ...” —o “tuya”—, se ha dicho y seguirá diciéndose.

Explícitamente apela al “todo” y al “siempre” nuestro Almirante, cuando declara lo que el mar es para quienes de veras lo aman. “¿Qué dice el mar?”, se pregunta. Y responde: “El mar dice *todo* a todos, y constantemente lo ha dicho *siempre*”. Pero sólo dice de sí todo y siempre a quienes en verdad le aman y en él penetran, según lo que el marinero responde al Conde Arnaldos en el romance tan bien aducido y tan bien glosado por Álvarez-Arenas: “Yo no digo mi canción / sino a quien conmigo va”. Así tiene que ser, porque el mar es misterioso, y los misterios sólo deben ser revelados a quienes por amor quieren penetrar en ellos, y no, si del mar se trata, a los tantos y tantos españoles para quienes el mar no pasa de ser marco del bronceado ritual o lugar del lúdico correteo.

Por amor fue al mar y se hizo hombre de mar el autor de este discurso, y como respuesta a ese amor suyo le ha hecho el mar confidente del misterio que en parte, sólo en parte, ha querido transmitirnos esta tarde. El misterio en cuya virtud puede el mar cambiar de sexo, ser unas veces “el mar” y otras veces “la mar”. Es “el mar” en tanto que realidad geofísica o, con palabras de Álvarez-Arenas, “lo inmenso, lo alejado, lo abstracto, lo que verdaderamente *es* como ente cósmico y telúrico, bíblico y creacional, teórico e ideal”. Y es “la mar” en tanto que realidad cercana y habitable; circunstancial, en el sentido de Ortega; en suma,

aquello en que *se está* o hacia lo que *se sale*. O el misterio de las nupcias entre el mar y el viento, nupcias plácidas cuando el viento es suave y la superficie del mar nos muestra, para decirlo con el viejo Esquilo, “la innumerable sonrisa de sus ondas”, y nupcias violentas cuando el viento crece y crece, hasta engendrar como respuesta pelágica los terribles oleajes que con tanto vigor literario describió Virgilio en el libro I de la *Eneida* y en su *Canto al mar* ha descrito nuestro Almirante. O, pasando de la apariencia al ser, el misterio inherente a cuanto, como el mar, muestra poseer cuerpo y espíritu, realidad visible y oculto sentido.

A esta Casa, tan de tierra adentro, el Almirante Álvarez-Arenas trae su gran amor al mar, pero también, y esto es lo que para nuestras tareas más importa, su gran saber del mar. Desde la elaboración del *Diccionario de Autoridades*, nunca han faltado en la Academia Española marinos de bien probada competencia, y esto ha hecho que la atención a los términos náuticos haya sido muy notoria en las sucesivas ediciones de nuestro diccionario oficial. Me atrevo a afirmar que, hasta el comedio de nuestro siglo, el cuidado de ese aspecto de nuestro léxico deja poco o nada que desear. Pero, por grande que sea el celo para distinguir entre un “diccionario técnico” y un “diccionario usual”, y por tanto entre lo exigible para aquél y lo suficiente para éste, ¿quién se atreverá a negar la deficiencia del nuestro? El creciente aluvión de términos científicos y técnicos —entre ellos, los correspondientes a las ciencias y las técnicas navales— obliga a la ingente tarea de actualizar ese aspecto de nuestra lengua y esa pro-

vincia de nuestro diccionario. Con su gran saber, su amplia experiencia y su excelente sentido del idioma, mucho puede hacer y mucho va a hacer su nuevo miembro en esta esencial tarea de la Academia Española. Abro el diccionario, leo "Jarcia: Aparejos y cabos de un buque", y me pregunto: "Desde los tiempos en que fue redactada esta precisa y concisa definición, ¿queda de ella algo válido en el contenido de un buque actual? Y, por otra parte, ¿cómo deben llamarse en buen castellano los mil y un trebejos que la técnica naval de nuestro siglo ha hecho imprescindibles?"

Señor Almirante Álvarez-Arenas: con la seguridad de expresar el sentir de esta Real Academia, y con la esperanza de recibir de usted cuanto su gran saber náutico promete, tengo el honor de darle en ella la más cordial bienvenida.



SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN GRÁFICAS AGUIRRE CAMPANO
EL DÍA 2 DE FEBRERO DE 1996

